

MUJERESALADAS

NOVIEMBRE 2024

No.8

Artistasalada en portada: Bibi

Margarita Michelena
Escritora del mes

¿Quién miente?
Mi niña
El último suspiro
Como un sartén
El ser invisible
Cuentos

Mi abuelo y yo
Teatro

CRÓNICA **TEATRO**
RECETA **ENTREVISTA**
EDITORIALES

Una mirada
Ausencia
Desolación
Oscuridad
Poesía

'EL AMOR DE MI VIDA'
CAPÍTULO VII

Novela

¡Permítenos oír tu voz! Deja que tu talento ilumine nuestra próxima edición
y únete al latido de esta comunidad de escritoras.

CONTENIDO

EDITORIALES

Editorial	5
Crónicas de lo Cotidiano	6
Colectánea	9
Florilegio de Minucias	11

Artistasalada del mes

Bibi - Entrevista	15
Portafolio	17

SECCIONES

Poesía

24

Misterio que envuelve una mirada

Ausencia

Desolación

Oscuridad

Cuento

29

¿Quién miente?

Como un sartén

El ser invisible

El último suspiro

Mi niña

Teatro

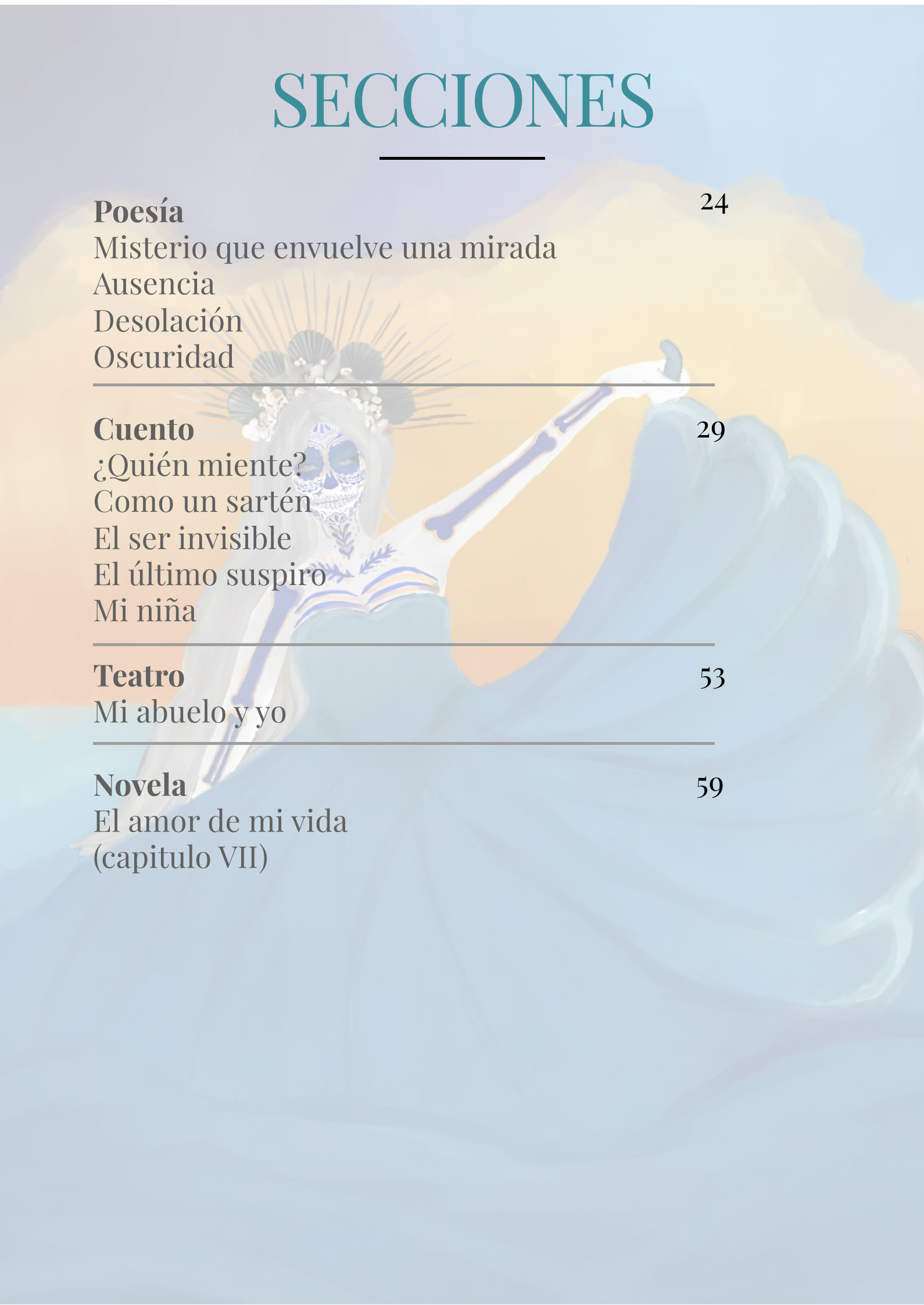
53

Mi abuelo y yo

Novela

59

El amor de mi vida
(capítulo VII)



Miscelánea visual	61
El llamado de los Muertos	

Miscelánea Escrita	62
El llamado de los Muertos	
Microcuentos infantiles	
Mañana en campamento	
Miedo a la espera	
Perfección	
Mariposa del pimentero	

Crónica: <i>Nos fuimos al CCH y volvimos con el corazón lleno de arte</i>	76
--	-----------

Entrevista: <i>Julia Lorena Hinojosa: Identidad, trabajo y comunidad</i>	84
---	-----------

A prender el Caldero: <i>Pay de Calabaza</i>	88
---	-----------

Escritora del mes	90
Margarita Michelen	

Porque me gusta	91
------------------------	-----------

Convocatorias Permanentes	92
General	
Entregasalada	
Artistasalada	



Un noviembre para recordar en Mujeresaladas

¡Bienvenidas a nuestra edición de noviembre! Este mes, en Mujeresaladas, nos sumergimos en una mezcla deliciosa de historias, poesía y reflexiones que abrazan la complejidad de ser mujer en un mundo que no siempre escucha. Aquí celebramos nuestras voces, esas que a veces son susurros y a veces gritos, pero siempre llenas de fuerza y autenticidad.

En esta edición, podemos resaltar cómo noviembre y el Día de Muertos inspiran el tono de la revista: un espacio donde las voces de mujeres, historias y memorias resurgen, celebrando tanto la vida como los recuerdos. Encontrarán desde relatos que nos retan a ver lo cotidiano con otros ojos, hasta poemas que nos abrazan en momentos vulnerables. La creatividad y la palabra son nuestras aliadas para cuestionar, para recordar lo que merecemos y para compartir la belleza y el caos de nuestras vidas.

Así que prepárense para un recorrido que pasa por las emociones, las experiencias y los sueños que nos habitan. Este noviembre, tomemos un momento para nosotras, para recordar que somos muchas, somos diversas y estamos aquí, con historias por contar y caminos por recorrer. ¡Que disfruten cada página, que cada historia les traiga una chispa nueva!



Crónicas de lo Cotidiano

Elisa Morales Viscaya

¿Qué es poesía, mamá?

*"La poesía no es un lujo. Es una necesidad
vital de nuestra existencia"*

Audre Lorde

El otro día, mientras desparramaba papeles, borradores y frustraciones sobre la mesa en otro intento por escribir algo decente, mi hija Sara, de seis años y con más curiosidad que todos los filósofos juntos, escuchó la palabra "poesía" salir de mi boca. Me clavó la mirada con esos ojos de detective en miniatura y lanzó la pregunta del millón: "¿Qué es poesía, mamá?"

Ahí me quedé congelada. Porque claro, explícale a una niña de seis años que la poesía es básicamente todo eso que tratamos de decir cuando no hay palabras normales que alcancen. Me envalentoné, tratando de sonar sabia, y le dije que la poesía es una forma especial de decir las cosas, una que se siente. "No le cuentas al mundo lo que ves, sino lo que sientes al verlo," solté, fingiendo una iluminación que ni yo me creía.

Pero claro, Sara no se iba a conformar. "¿Cómo se siente, mamá? ¿Es como cuando como helado?" Niña, literal hasta el extremo y, a la vez, infinitamente poética. "Sí, algo así," le dije riéndome. "O como cuando saltas en los charcos. Es como si las palabras salpicaran contigo."

Ella frunció el ceño y disparó: "Entonces, ¿la poesía se come? ¿O se salta?" Mis intentos de explicación estaban fracasando miserablemente, así que, en un arranque de honestidad, me rendí: "Mira, Sara, mejor tú dime qué es la poesía, tú y tu hermana la hacen todo el tiempo."

Se me quedó mirando, con la expresión de quien escucha algo profundamente tonto. Pero yo tenía razón, en el fondo. Ellas viven en poesía, y yo ahí, atrapada en mis prisas y rutinas. Le recordé la mañana del eclipse, cuando ella y su hermana miraban al cielo y me dijeron, tan emocionadas, que la luna y el sol se estaban abrazando. Ahí estaba su lógica sencilla y mágica: los astros como familia, reencontrándose, mientras yo solo recordaba la lista de pendientes del día.

Luego recordé ese día en el carro, con la eterna urgencia de llegar *quiénsabeadónde*, cuando las gemelas se quedaron mirando un grupo de pájaros en el cielo y Reni soltó: "¿A dónde van todos los pájaros, mamá? ¿Se van a una junta? ¿A trabajar?" Trabajar. Los adultos hablamos de migración, de supervivencia, de cosas que le restan todo lo mágico al vuelo de los pájaros. Pero para mis nenas, ellos iban a una junta de trabajo, y sus mentes pequeñas ya imaginaban oficinas llenas de nidos y ramas donde los pájaros discuten asuntos importantes, en un idioma secreto del que nunca seremos parte.

Y claro, está la vez que me quedé afónica (sí, las mamás a veces enfermamos) y ellas, como doctoras de cabecera, diagnosticaron con toda seriedad que "me había gastado la voz". Como si la voz fuera algo que puedes ir agotando como el saldo de la tarjeta de crédito. Y yo, ¿qué podía decir?, las dejé con su idea: la voz se desgasta de tanto usarla. Es que, claro, no estaban tan equivocadas.

Ah, y no me olvido de esa madrugada en la que me despertaron para escuchar a un grillo. Sí, un grillo. Me arrastraron fuera de la cama con esa urgencia que uno suele reservar para incendios o terremotos, y ahí estaba yo, medio dormida, mientras ellas escuchaban al grillo como si fuera un tenor en un recital de gala. "Mamá, escucha, ¡no te lo puedes perder!", decían, y yo, con un ojo abierto y el otro cerrado, me di cuenta de que ya ni siquiera oigo esas cosas. Para mí, era solo un chirrido; para ellas, una serenata en medio de la noche. Y ahí me vi, preguntándome cuándo fue la última vez que escuché con atención el canto de un grillo.

Por si fuera poco, a veces se convierten en mis gurús de mindfulness personal. Como cuando las apresuro para salir de casa, diciéndoles que ya es tarde, y Renata, con una calma absoluta, me suelta: "Tranquila, mamá, todavía queda mucho día." ¡Mucho día! Esa frase me dejó sin palabras. Porque claro, en su percepción del tiempo, un día es una eternidad; y ahí estoy yo, atrapada en mis horarios y en mis prisas, mientras ellas me enseñan que el tiempo es otra cosa, que un día es largo y que la única que lo malgasta soy yo.

Podría dar mil ejemplos de por qué explicarles la poesía es como intentar enseñarle a un pez cómo nadar. Ellas ven poesía en todo y la hacen todo el tiempo, sin esfuerzo y sin miedo al ridículo. Admiro su desfachatez, su falta de prisa, esa manera de transformar la rutina en magia. Ellas no necesitan leer a poetas famosos ni entender metáforas complejas; su lenguaje está hecho de preguntas imposibles, de ideas disparatadas y de respuestas que desafían la lógica. Y yo, que intento aferrarme a su frescura mientras me atrapa la rutina, me doy cuenta de que la poesía es simplemente eso: mirar el mundo con ojos nuevos, preguntarse por qué se gasta la voz, o a dónde van los pájaros.

Finalmente, me aventuré a decirle a Sara que la poesía es casi todo lo que quiera decir, siempre que suene especial. "Casi todo lo que quieras," le dije, como si en esa frase hubiera algún tipo de sabiduría profunda, como si la vida me hubiera otorgado la autoridad para definir algo tan indefinible.

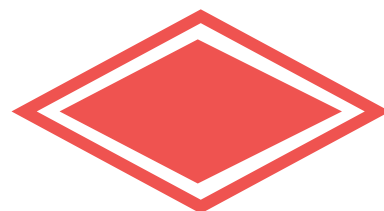


Ella me miró, con esa cara de quien se está guardando un as bajo la manga. Me devolvió una sonrisa cargada de picardía, de esas que le ponen los ojos en forma de luna menguante, y su boca se torció en una mueca de complicidad. Escondió la risa con una mano, como si estuviera a punto de soltar una palabra prohibida, como si de repente le hubiera caído encima la gran revelación del año. Me preguntó, en un susurro de esos que anticipan travesura: "¿O sea, hasta si yo digo... cara de popó?"

Y soltó una carcajada que retumbó en la sala. Antes de que pudiera responderle, salió disparada, dejando detrás de ella una estela de alegría y repitiendo: "¡cara de popó!", toda despeinada, a risotadas, como si acabara de descubrir el mejor chiste de la historia. Me quedé mirándola mientras corría.

Y ahí me di cuenta de que quizá no hay nada más poético que Sara diciendo "cara de popó", liberada y triunfante. Porque al final, ¿no es eso la poesía? Apropiarse del mundo, de las palabras, de uno mismo, como si todo fuera una gran broma que aún no hemos terminado de entender.

Así que, queridas lectoras, si me preguntan de nuevo qué es la poesía, ya tengo la respuesta perfecta: es la risa de una niña, corriendo por la casa, diciendo "cara de popó" traviesa y feliz, como si acabara de recitar el mejor poema del año. Y tal vez, solo tal vez, tenga toda la razón.



Colección

Reto creativo

Sofía Murillo



En el mes de noviembre existe un reto de escritura llamado *NaNoWriMo* (National Novel Writing Month, según las siglas en inglés), este es un proyecto de escritura creativa que se generó en Estados Unidos. Se trata de escribir una novela de 50.000 palabras en el mes de noviembre.

Cuando lo conocí pensé que tan sólo consistía en alcanzar una meta establecida de palabras, no obstante, hace poco me enteré que no sólo es escribir y ya, sino que es necesario concretar una novela en un mes.

Sinceramente, al ritmo que manejo hoy en día, me parece un propósito muy grande, más sé que muchas de ustedes pueden ver este desafío como algo interesante de realizar en estas fechas. Si ese es tu caso te invito a investigar un poco más respecto a este reto o similares.

Sin embargo, si te encuentras en una posición más parecida a la mía, he pensado en proponerte una idea. Especialmente si eres una persona que no cuenta con mucho tiempo al día o que suele encontrar frustradas sus ideas.

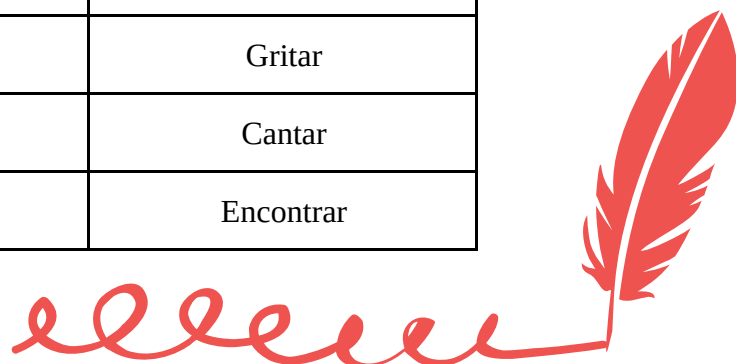
Existe algo llamado *prompts de escritura* (indicaciones de escritura), los cuales te dan una dirección al momento de enfocar tus ideas; es una receta interesante y divertida para desarrollar la creatividad. En esta ocasión he querido traerles algo muy parecido, una lista de palabras que encontrarás a continuación, estas se dividen en Personaje principal (tendrá que ser la o el protagonista. Sí puede haber más personajes), Lugar (dónde se desarrollan los acontecimientos) y Acción (la acción principal que se desarrollará, o la que la o el protagonista realicen).

Se pueden usar los grupos de palabras que ya están formados al leerlas de forma horizontal, escogerlas a tu gusto o elegir las completamente al azar. El propósito de esta actividad es que descubras y desarrolles tu potencial creativo mientras te diviertes o pasas un buen rato. Desde luego que se acepta cualquier género literario o expresión artística, la única regla es usar una palabra de cada categoría.

Si te animas a participar en este reto esperamos gustes compartir con la revista alguna o algunas de las obras que hayas creado en el proceso. De igual forma, si publicas en redes alguna o algunas de estas obras no dudes en etiquetar a **Mujeresaladas** en cualquiera de sus redes sociales.

Personaje principal	Lugar	Acción
Grillo	Aeropuerto	Pensar
Perro	Río	Comer
Cactus	Centro comercial	Huir
Taza	Biblioteca	Observar
Niña	Cine	Dormir
Abuela	Casa	Construir
Árbol	Estacionamiento	Cocinar
Yo	Playa	Controlar
Sartén	Planeta extraño	Amar
Mariposa	Cocina	Aprender
Lámpara	Museo	Triunfar
Pez	Estudio de cine	Bailar
El invierno	Banco	Decidir
Hada	Bosque	Soñar
Dragón	Hospital	Morir
Príncipe	Montaña	Convencer
Guerrera	Cárcel	Conversar
Extraterrestre	Desierto	Resolver
Gato	Ciudad	Confiar
Espejo	Calle	Gritar
Llanta	Sótano	Cantar
Hormiga	Cementerio	Encontrar

¡Te deseo un mes lleno de creatividad!





FLORILEGIO DE MINUCIAS

ellee Fernanda Cisneros

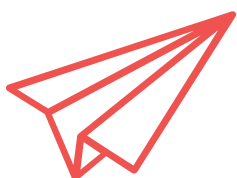
Como-una

*What do you want? You want the moon? Just say the word, and I'll throw a lasso
around it and pull it down.
It's a wonderful life (1946).*

Octubre fue una locura. Un par de crisis personales por ahí, al menos dos crisis colectivas por acá y de pronto Kasha nos habla para explicarnos que hay que organizar las Lunas de Octubre. ¿Les he comentado que tengo migraña? Con y sin aura, es herencia de mi madre, quien la heredó de su madre, junto con la propensión a la epilepsia. Bueno, octubre fue, en resumen, una gran y continua migraña, figurada y literalmente, para el 23 en la mañana, mientras mi colega Sofi me informaba que Eli nos había ofrecido de tributo para ser *Colibríesaladas* (staff), y que nos habían aceptado para presentar el número que estás leyendo en la Feria Internacional del Libro Juvenil e Infantil, la migraña y yo cumplíamos nuestro cuarto día de inseparables compañeras de cama.

No hubo nada que hacerle. Ni pastillas ni remedios caseros; el neurólogo sólo me preguntó si había estado haciendo algo que me causara particular estrés “¿estrés? ¿yo? ¡para nada!” y que de ser así considerara bajar el ritmo. No supe cómo explicarle que, de los diez días que teníamos para armar el coloquio nos restaban tres, y teníamos pendientes para llenar al menos dos mazos de *post-it* nuevos, por lo que le di las gracias y le dije que nos veíamos en la siguiente consulta.

En fin, el tiempo es interesante y, acribilladas por la espontánea necesidad de volvernos octópodos para cumplir con el compás que marcaba, ni siquiera la migraña pudo impedir que, casi como en un sueño, parpadeara y al levantar la cabeza me encontrara con mi rostro cansado y mis manos enjabonadas en el baño del Archivo Histórico Pablo L. Martínez, sede de la primer *Lunasalada* y el evento más grande que hemos organizado a la fecha.



Ya casi empieza.

Todo estaba quedando justo como habíamos pensado. Las obras en exposición se veían impresionantes y el resto de las decoraciones superaron cualquiera de las modestas expectativas que nos habíamos hecho cuando aceptamos participar en el encuentro. Entonces, habíamos conseguido, con apoyo de la preciosa comunidad salada, traer el espíritu de la revista al recinto y establecer un sincretismo entre lo oficial del Archivo Histórico y la familiaridad comunitaria de la revista. En otras palabras: Estética, check.

No estoy nerviosa, no estoy nerviosa.

Por otro lado, pienso mientras me lavo las manos con meticuloso pánico, las mesas están también listas: los reconocimientos firmados y las lunitas tejidas terminadas; las revistas, cañón, poemas y separadores acomodados; las colaboradoras confirmaron y Homero dijo que sus chicos de teatro estaban emocionados por venir; la presentación del número ya la hemos hecho antes. Es decir: Exponentes y parafernalia, Check.

A ver, respira uno, dos, tres...

Si no viene nadie... Saliendo de acá le voy a hablar a mi papá, me dijo que no estaba seguro de alcanzar a llegar a la presentación. No me preocupa mucho si no hay nadie en la presentación del número, pero en la primera mesa... El agua corre limpia hace treinta segundos y mis ojos miran sin ver mi reflejo ...y qué voy a decir cuándo me toque hablar a mí. Creo que Sofi dijo que ella va a presentar las secciones.

No puedo respirar.

Se abre una puerta. Creo que es de una mampara, pero para este punto no estoy segura de nada más que de lo mucho que me gustaría poder respirar profundamente y de cómo la falta de oxígeno y las luces blancas no ayudan en lo absoluto a la migraña que me asfixia.

Llega Sofi al rescate. No sé qué cara tengo, pero no debo parecer tan desquiciada, o quizá mi expresión la atribuya sólo a mis nervios, de cualquier manera, hablamos de un secreto de Estado, una de esas situaciones tras bambalinas que es mejor no mencionar y la puerta se abre de nuevo.

Esta vez entra Anabel Zavala en escena y se une al chisme organizacional. Queridas lectoras, les presento a Anabel, ella nos bajó la luna este 23 de octubre alrededor de las 14:00 horas y la regresó a su sitio a las 20:00 horas sin problemas burocráticos ni contratiempos. Sin ella y su enorme generosidad, el evento no habría lucido la mitad de bello y, aunque no creo que lo haya notado, para mí y el resto de la conseja, su disposición, su emoción, su sonrisa, su presencia en el evento, el que se quedara con nosotras a enfrentar los achaques de esas primeras horas fueron gestos tan valiosos como la gran inversión de tiempo y recursos que dedicó a la instalación.

Esta es la minucia que escogí para la edición, que como me es costumbre culminó en cursilería, pero es que, si algo me enseñó el evento, el mes y la revista es que la minucia “comunidad” es fundamental para navegar los días, las depresiones y los coloquios.

Lo extraño es que parece contradictorio. Una camina sola los días y se acostumbra a aparentar normalidad, respirar hondo en ocho tiempos y hacer las cosas a pesar de todo lo que cargamos encima. Claro, así funciona el mundo, con excepción de los momentos en que te encuentras a ti misma teniendo un ataque de ansiedad jabonoso y quedas a la deriva. Pero de pronto,



como si fuéramos una red de hongos conectados desde el subsuelo, aparece alguien y te extiende la mano, sólo porque puede, porque te ve ahí.

Eso pasó en el baño del Archivo Histórico. A Sofi y a mí se nos unió Anabel, quien en realidad nos conocía desde hacía sólo dos horas, y momentos después llegó la pequeña Renata y para demostrar que aunque no nos enseñaron cómo, nacimos para hacerlo, fuimos una comunidad fugaz de cuatro mujeres muy distintas con un tema y una experiencia en común y sin notarlo, se me olvidó que tenía miedo.

Lo mismo se replicó una y otra vez en cada mesa. Las colaboradoras nos daban las gracias y la conseja y yo no sabíamos qué decirles porque nosotras somos quienes queremos darles las gracias cada vez que confían en nosotras para publicar sus obras; cada vez que nos escriben y nos leen. No sé, incluso ahora, mientras escribo esto, siento que me faltan las palabras para expresar lo feliz que me sentí de poder conocer a algunas de nuestras colaboradoras, lo mucho que me emociona la idea de conocernos en el futuro, y lo orgullosa que me siento al pensar que formo parte de una comunidad de mujeres verdaderamente maravillosa.

Bibi

Reinterpretación de la MUJERSALADA



MUJERSALADA

Entrevista

Bibi



¿Cuál fue tu proceso para la reinterpretación de la portada?

Cuando me invitaron hace unos meses a ser la *artistasalada* de noviembre, decidí que quería hacer una catrina marina, inspirada en el Día de Muertos. Después de confirmar que participaría, empecé a buscar ideas y objetos que se ajustaran a lo que tenía en mente. Al principio, pensé en hacer una mujer con un vestido que simulaba el mar en una posición diferente, sin embargo, la complejidad de mis tiempos académicos me obligaron a volver a la imagen original de la revista. Siempre quise mantener la esencia de la catrina, y lo logré. Estoy contenta con esta nueva versión de mi obra, aunque podría haberla mejorado en algunos aspectos, siento que refleja lo que imaginaba.

¿Cuáles fueron los materiales que utilizaste?

Use una aplicación para arte digital llamada *IbisPaint* y el pincel de acrílico núm. 2.

Entrevista

Bibi

¿Por qué te gusta el arte y qué es lo que más te gusta de él?

Me gusta el arte ya que puedo ver a través de otros artistas la visión que tienen del mundo. El arte es una de las expresiones más puras y hermosas de expresar lo que vemos y sentimos; me parece maravilloso que a veces lo que pudiera parecer tan simple es a su vez tan complejo y hermoso.

¿Tienes algo que defina tu estilo o que te represente como artista?

Realmente, siento que mi estilo es muy básico o nada original. Me gusta el realismo y que muchos de mis dibujos se vean que a simple vista parezca una fotografía, pero cuando ves más a detalle puedes ver los trazos de los pinceles. Aunque bueno, me gusta pintar rostros.

¿Tienes alguna técnica preferida?

Me gusta mucho usar óleos y acrílicos, pero por desgracia no me doy el tiempo de pintar. Así mismo me gusta el arte digital y el dibujo tradicional.

¿Qué te inspira?

No hay algo en particular que me inspire; a veces solo veo a mi alrededor y encuentro algo que me provoca una sensación bonita y me da por dibujar algo. No siempre plasmo lo que siento, sencillamente dibujo por el puro gusto y amor a hacerlo.

¿Qué consejo te ha servido en tu camino y qué consejo darías a alguna de nuestras lectoras?

No te compares con otros, otras u otros artistas. Cada persona tiene su propio proceso, y sentir que estás avanzando es una satisfacción única. Es importante recordar que tomar a un artista como referencia no es lo mismo que compararse.



Portafolio de Bibi



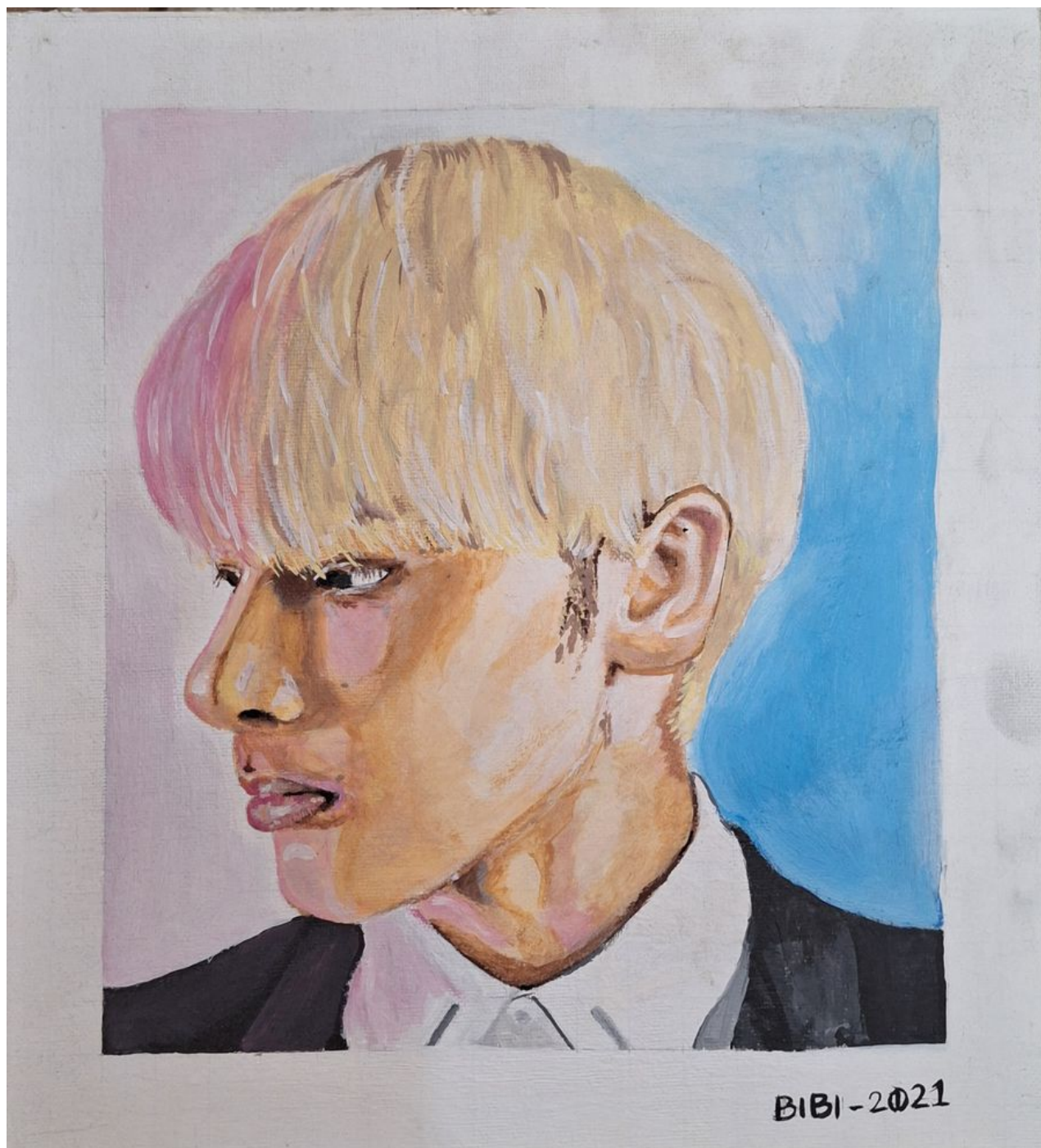
Harry Styles
Óleo sobre lienzo



Mi abu y sus padres
Lápiz sobre papel



Huenin Kai
Digital

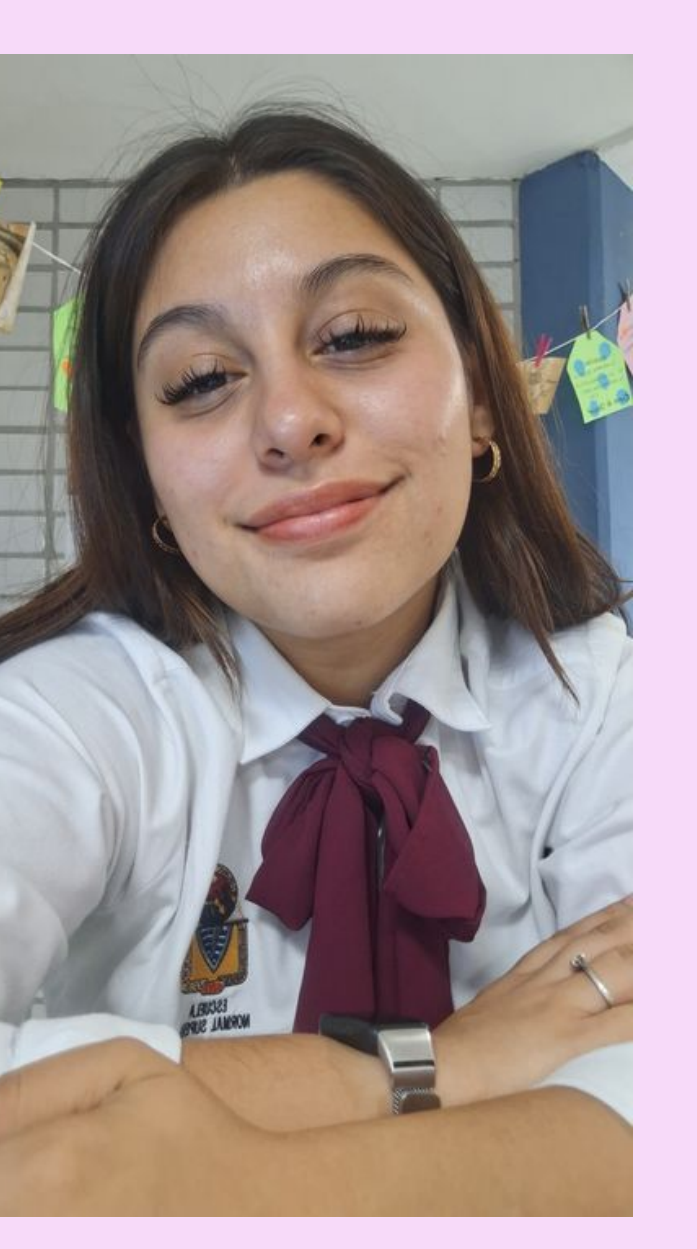


Kai
Acrílico sobre lienzo



**La Fresa
Digital**

DENI BIBIANA VELAZQUEZ OLMOS



Soy Deni Bibiana Velazquez Olmos, nací el 15 de abril de 2002 en La Paz, Baja California Sur, y aquí he vivido toda mi vida. Soy egresada de la Universidad Autónoma de Baja California Sur en la licenciatura en Lengua y Literatura, y actualmente soy docente en formación en el primer semestre de Educación Artística.

Desde los 17 años he encontrado en el dibujo una forma de expresión, y a los 20 descubrí mi pasión por la pintura. Además, toco el ukelele desde los 16 y el violín desde los 21, y disfruto de bailar danza contemporánea, lírica y urbana. En mi tiempo libre, me gusta hacer repostería, jugar videojuegos, armar legos y rompecabezas, ver series y salir con mis amigos.

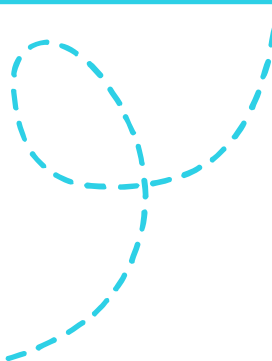
Decidí dedicarme a la docencia en artes porque en mi propia educación básica noté cómo se minimizaba el valor del arte en la escuela. Muchas veces, el arte se reducía a una actividad secundaria o a manualidades, sin el sentido de relevancia que merecía. No tuve la suerte de encontrar maestros que inspiraran un amor profundo por las artes, y quiero ser ese cambio dentro del aula.

Mi meta es mostrar a los estudiantes que el arte puede ser tan importante y formativo como las matemáticas, el español o las ciencias, y que tiene el poder de enriquecer nuestras vidas de formas únicas.



SECCIONES

POESÍA - CUENTO - TEATRO
NOVELA - RECETAS
MISCELÁNEA VISUAL / ESCRITA
ESCRITORA DEL MES
CONVOCATORIAS SALADAS



Misterio que envuelve una mirada

Maru Glez

¿Qué misterio se oculta detrás de esos ojos?
Rondando despiadado, por las paredes del viento.

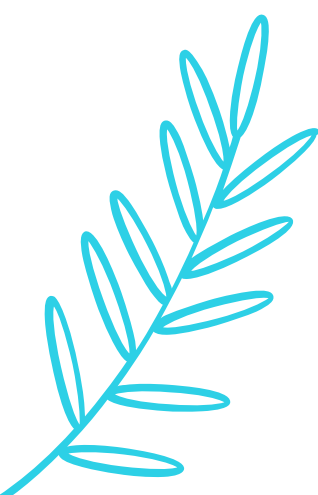
Dejando cicatrices profundas,
que profanan la memoria,
latente en algún rincón del universo.

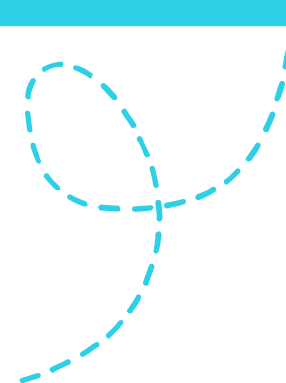
Misterio que espanta,
que asusta,
que encadenan distancias.

Silencio.
Un velo gris cubre...

En la neblina nocturna,
oscuras soledades
y rencor
viajan por su mente carcomiendo el alma.

Tratando de ocultar dolor,
provocando mil incógnitas a su alrededor,
dejando un corazón desgarrado en el cielo gris
y tormentoso
como la negra oscuridad.





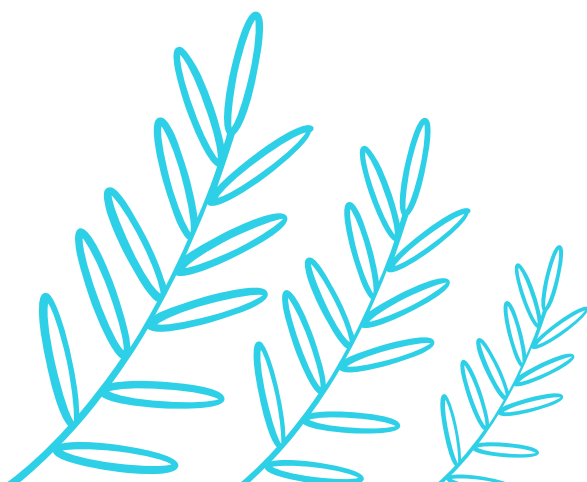
Ausencia

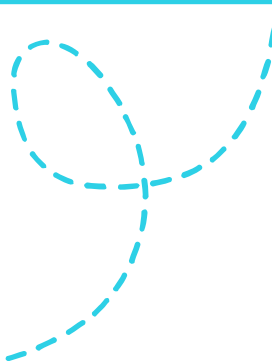
Maru Glez

Siento escalofríos,
tu ausencia llena el vacío de mi universo,
busco tu mirada en el infinito
y solo encuentro oscuridad

Abrazo las rosas que me diste
en ese otoño lejano,
donde tus labios quemaron
mi piel
dejando heridas sin sanar

Vago por los senderos de la vida,
esos que me llevarán al abismo
de la muerte,
al final solo veo el infierno ardiente
que espera con una rosa tuya.





Desolación

Maru Glez

Mis ojos derraman agua salada en medio del inmortal
dolor

Mi alma se sumerge en el mar oscuro de la desolación,
buscando un rayo de paz

Mi voz ahogada de tanto grito desolador...en un inmenso
desierto que ni el viento se inmuta

Muerte a mi alrededor de tanto inocente, llenan la tierra
por doquier, ocasionadas por la ambición y el poder

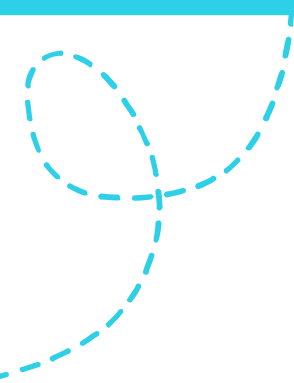
Las aves surcan los mares, con sus alas extendidas hacia
la nada, las nubes se tornan grises presagiando una
tormenta

Respiro hondo y profundo...el aire se queda en mi
garganta, mi angustia invade mi ser, debo saciar esta sed
de desesperación

Quiero encontrar una luz que quite al mundo este velo de
oscuridad

Romper en mil pedazos el cristal del silencio que sufre la
humanidad.... mientras..... solo me queda gritar en las
líneas de mis escritos





Oscuridad

Maru Glez

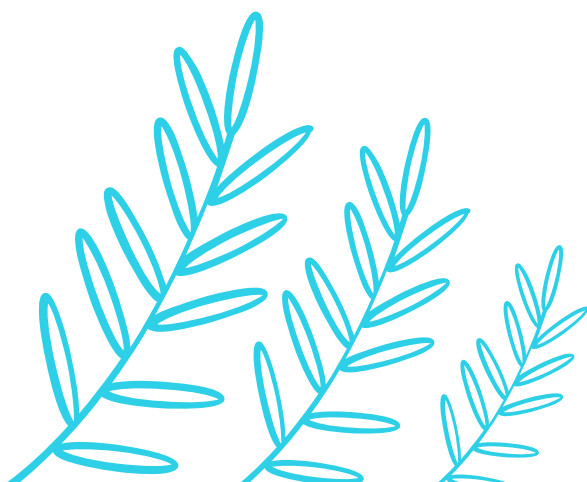
Me convertí en un ser de oscuridad, donde solo me
acompañan mis defectos, los cuales son una cadena
pesada y enorme

Me escondo en cada salida del sol, bajo mis propias
tinieblas, espero la tormenta que lave mis pecados y el
viento los renueve

Mi alma sola y marchita desea viajar a un lugar donde sea
libre, sin remordimientos ni opresión

Mis ojos derraman sangre bajo el reflejo lunar, en la
inmensidad de la noche, mi piel recibe ese frío helado
que cala hasta los huesos

Me recuesto en la tierra húmeda, mi cuerpo se amolda a
ella, este es mi hogar



MARÍA EUGENIA VELASCO GONZÁLEZ



María Eugenia Velasco González, mejor conocida como Maru Glez, nació el 30 de noviembre de 1959 en el Distrito Federal. Desde el año 1985 ejerce como odontóloga, una profesión que ha compaginado con su amor por el arte y la escritura.

A lo largo de su vida, Maru ha encontrado belleza tanto en los detalles clínicos de su trabajo como en los matices artísticos que llenan sus días. Tras años en el Ejército Mexicano como Cirujano Dental, donde enfrentó el reto de la vida militar y la distancia con su hijo, tomó la valiente decisión de retirarse y dedicarse de lleno a su familia y sus pasiones. Hoy, su talento no solo se refleja en las sonrisas que cuida, sino también en sus creaciones de pirograbado en madera y piel, una afición que ha perfeccionado a lo largo de los años.

Aunque no se considera poeta, desde hace más de quince años las palabras han sido compañeras constantes en su vida. Con sensibilidad para la poesía social y gótica, Maru explora con su pluma los recovecos de la prosa, los cuentos y el relato. Tiene en su corazón la esperanza de publicar un libro donde sus letras cobren vida y compartan su esencia con el mundo.

Hoy, Maru Glez celebra la oportunidad de compartir su universo creativo, donde el arte, las palabras y la vida se entrelazan.

¿Quién miente?

Alejandra Bautista

Virginia tomó su taza de café caliente recién preparado entre sus manos tías por el frío, se acercó a la ventana de la cocina y miró hacia el horizonte. La niebla cubría el bosque que rodeaba su casa de campo, aquel refugio que no abandonó a pesar de la muerte de Augusto, su hermano menor.

Afuera, la temperatura no era muy distinta a la que percibía Virginia en el interior de su casa. El aire acondicionado había fallado y no tenía más opción que combatir el invierno con mantas, pantuflas mullidas, bufandas y cantidades industriales de café caliente.

Lo único que el frío no congelaba, eran sus recuerdos. Memorias de días felices donde, con Augusto, jugaban a hacer angelitos en la nieve, frente a la ventana por la que ahora observaba hacia el exterior. Mientras soplabla su taza de café, el humo que despedía la bebida empañaba sus recuerdos, haciendo ver borrosas las imágenes que a su mente venían, de los buenos tiempos junto a su hermano.

Con una mano medio cubierta por la manga de su levantadora, limpiaba el vidrio empañado. Era allí cuando se le aclaraba la vista y con total nitidez recordaba el día que encontraron a Augusto, sin vida, con moretones en todo el cuerpo como consecuencia de la caída, con su cráneo partido y la sangre coagulada pegada al cabello rubio, los ojos abiertos como si lo último que vio le hubiera hecho más daño que el mismo accidente.

Augusto no alcanzó a cumplir ocho años y Virginia tenía solo cuatro más que él cuando el grito desgarrador de su madre la despertó. Era un día de otoño y habían decidido pasar en familia la última semana de clima seco antes de que iniciara la estación más dura del año.

Virginia se levantó y bajó las escaleras hasta la sala, de allí provenían los gritos. Vio a su madre arrodillada en el piso con un retazo de la camisa a cuadros que Augusto había tenido puesta.

— ¿Mamá? ¿Mami? ¿qué te pasa? —preguntó la niña con la voz aún dormida.

— Virginia, ¿dónde está tu hermano?!

— Debe estar en su cama, ¿no? —contestó la niña mientras apretaba con fuerza el oso de peluche que, a pesar de su edad, se negaba a abandonar.

— Si estuviera allí no te estaría preguntando, ¿no crees?

— ¿Y ese pedazo de tela?, ¿por qué lo tienes tú?

— ¡Eres ciega o te haces la tonta!, ¿que no recuerdas que es la misma tela de la camisa de Augusto?, la que tenía puesta ayer cuando los dos salieron a recolectar piñas secas y hojas de colores para sus estúpidas manualidades —los ojos de la madre, inyectados de furia contenían algo más que los hacía ver color sangre.

— Mamá, esa camisa la tuvo puesta Augusto la semana pasada, tú misma la lavaste y él no se la había puesto de nuevo hasta que tu no la tuvieras planchada y almidonada.

— ¿Me estas llamando mentirosa?, lo que me faltaba, mi bebe perdido, un pedazo de tela ensangrentado y una hija idiota. Esto lo encontré cuando iba a subirme al coche para ir al supermercado.

— No te estoy diciendo que seas mentirosa, solo que tal vez estas confundida, siempre te pasa cuando bebes de más. Tu cabeza se enreda con los recuerdos viejos y los nuevos y olvidas muchas cosas.

— Entonces, ¿dónde está mi bebe?, ¿dónde está mi niño? —preguntó ahora con la voz entrecortada.

— No se mamá, amaneció hace mucho ya, debió salir al jardín a hacer montañas de hojas secas o recoger trozos de madera para la chimenea, no debe tardar.

— Y entonces, ¿por qué este pedazo de tela estaba en el antejardín?, ¿por qué esas gotas de sangre desde el bosque hasta el borde del pozo?

— ¡No se mamá!, no tengo la más remota idea, se supone que tú eres la adulta, tú eres quien debe cuidarnos y estar pendiente de nosotros, pero solo eres una asquerosa alcohólica que vende su cuerpo para comprar licor, huevos y leche. ¡Búscalos tú, yo tengo sueño!

Virginia se fue a dormir con una asombrosa tranquilidad recorriéndole el cuerpo. No mostró extrañeza cuando inspectores de policía visitaron su casa y la interrogaron, no manifestó preocupación alguna por su hermano o por la incriminación de su madre por la desaparición del niño.

Tres días después y ante la búsqueda infructuosa de las autoridades, la policía encontró pistas que llevaron a los bomberos a hallar el cuerpo inerte de Augusto en el fondo del pozo, justo detrás de su casa. Su madre, destrozada se lanzó a su bebe muerto.

Virginia apretó con una mano a su inseparable oso con más fuerza, derramó solo una lágrima y con la otra mano, guardó otro extremo de la camisa de su hermano, el que ella misma le arrancó cuatro días antes.

ALEJANDRA BAUTISTA



Alejandra Bautista nació en Bogotá, Colombia, Ingeniera Industrial de profesión. Ha realizado talleres en escritura creativa y de creación de personajes en Bogotá. Algunas de sus obras han sido publicadas en revistas literarias digitales en Buenos Aires, Berlín y Barcelona.

Participó como coautor de la edición Roja 21N y en la Antología Alusiones al Amor y a caer en el intento, con Ita Editorial en Bogotá. Igualmente participó con obras en los libros Ramo de Poesía en México, 175 Relatos de Escritoras Latinoamericanas con Elipsis Editores y en la Antología de Relatos Cortos con la escuela de escritores Scribook de España.

Cuenta Ig: @aleja_bautista

Como un sartén

Andrea Pereira

–¿Cómo se declara la acusada?

–Culpable –responde Azucena, sin dudarlo, y sin mostrar emoción alguna en su rostro endurecido, un rostro que muestra más años que su documento.

Las voces parecen olas de un mar embravecido, Azucena no hace más que ver hacia el juez, pero sabe exactamente que los abucheos no son sus únicos compañeros, también hay pancartas y hasta gorras, remeras impresas, todas juzgándola aún más que el anciano de túnica negra que le responde con la misma gélida mirada y dicta su sentencia.

Fue en mayo, Azucena con diecinueve años, caminaba por el jardín que se hallaba tras el salón, la música se oía a lo lejos, ella aburrida y luciendo un largo vestido rojo que acentuaba su delgada y joven figura, caminaba y bostezaba, cuando la sorprendió una voz masculina.

–¿Aburrida? –Preguntó.

–Cansada –respondió, y volteó a ver al joven que la miraba con una amplia sonrisa y los ojos tan azules como el cielo nocturno que aparecía detrás de él, ella le respondió la sonrisa y siguió– es el cumpleaños de mi prima, no me puedo ir temprano.

–Soledad es tu prima entonces, ella es la mejor amiga de mi hermana, y si no venía mis padres no la dejaban venir, no conozco a nadie acá, soy Camilo– comentó y extendió la mano, Azucena se presentó y aceptó el apretón.

Hablaron durante horas, se rieron, intercambiaron teléfonos y hasta bailaron.

Se citaron en una cafetería, fue ahí la primera vez que se besaron, entre llamadas y salidas pasaron ocho meses. Fue en enero que Azucena entre confundida y nerviosa descubrió que estaba embarazada, se mudó con Camilo y a los veinte años había formado una familia, cosa que ni siquiera había soñado en el jardín del salón del cumpleaños de quince de Soledad.

Agustina nació perfecta, era una bebé hermosa, Camilo estaba embobado con la niña y Azucena a pesar de su corta edad se sentía muy feliz.

Fue el treinta de agosto, cuando Agustina cumplió su primer año. Luego de la fiesta comenzó a tener una fiebre intensa, le ponían paños fríos, la niña no paraba de llorar, se ponía irritable, molesta, la tomaba un poco uno y luego el otro, pero la fiebre y el llanto no paraban.

Luego se durmió y ambos padres con ella, se levantaron al día siguiente y Agustina no quería despertar, costó mucho hacer que lo hiciera, la fiebre había bajado un poco, pero la niña se rehusaba a comer, y comenzaron los vómitos, luego volvió la fiebre, Camilo notó un sarpullido en el cuello de su hija y cuando se lo fue a comentar a Azucena, Agustina comenzó a convulsionar así que corrieron a la camioneta y la llevaron a la emergencia.

Esa noche de agosto Agustina la pasó internada, y ambos padres aguardando noticias en la sala de espera.

La mañana del primer día de septiembre el doctor salió al fin para hablar con los jóvenes padres, Agustina tenía meningitis, su caso era severo y no sabían si sobreviviría.

Camilo hizo un escándalo, habló de denuncias y de mala praxis, gritó y golpeó las paredes, Azucena solo escuchaba la palabra meningitis una y otra vez en su cabeza.

Después de algunos días de ir y venir, de turnarse para estar en el hospital, y de esperar la evolución de Agustina el médico pidió una reunión con ambos padres.

—La buena noticia es que Agustina está fuera de peligro, se estabilizó, va a sobrevivir, pero la mala es que su cerebro sufrió ciertos, llamémoslos, para que sea más simple de entender, cambios.

—¿Qué clase de cambios? —Preguntó Camilo.

—Básicamente lo que hizo la enfermedad fue actuar como un sartén donde metieron al cerebro de Agustina y lo fritaron, honestamente no hay posibilidades de que pueda tener motricidad fina, capacidad para comunicarse, es probable que no aprenda a controlar sus esfínteres y tampoco sabemos si va a poder evolucionar lo suficiente como para entender quiénes son ustedes, no sabemos si puede razonar o recordar algo.

Camilo repitió el primer escándalo, que denuncias, mala praxis, golpes, gritos, tuvieron que venir a sacarlo ya que quiso agredir al médico, mientras tanto Azucena inmóvil y serena miraba al suelo.

Azucena con veintiún años, esperaba la noche buena, mientras Agustina gritaba, miraba la pared y golpeaba con ambas manos su sillita.

La joven madre leía por enésima vez la carta que Camilo le dejó antes de irse, eran pocas las palabras, simplemente explicaba que no soportaba ver así a su pequeña, y prefería alejarse, eso fue en octubre, y lo hizo, se alejó, para no volver jamás.

Al llegar la navidad número ocho sin Camilo, Azucena recibía las compras en la puerta mientras Agustina gritaba, miraba al techo y golpeaba el sofá.

–Mira, amor, mamá trajo algunas cositas para celebrar que viene Papá Noel.

Agustina seguía gritando, el líquido viscoso de su boca cayendo y las manos dándose contra el sofá, repentinamente se paró y corrió hacia la puerta dejando un pequeño pozo de orina en el sofá, al verlo Azucena se apretó los labios y miró hacia arriba con los ojos humedecidos.

La niña se dio contra la puerta y siguió gritando, Azucena fue a la cocina a dejar las bolsas y la llamó una, dos y hasta tres veces, pero Agustina como siempre, no respondió, solo gritaba y se daba contra la puerta.

Azucena con un nudo en la garganta fue donde su hija que giró hacia ella y comenzó a tironearse la ropa, después de decir varias veces que no sin recibir respuesta de parte de su hija la abrazó y lloró a gritos, mientras la niña intentaba caminar como si nadie estuviera frente a ella.

Azucena llevó a Agustina a su habitación, a pesar de lo difícil que ya se le hacía levantarla en brazos, y sintiendo lo mojado de sus pañales, la encerró, y llorando preparó la cena, intentado ignorar la voz de su niña que repetía la primera letra del abecedario sin parar, como solía hacerlo siempre.

Luego de servir la comida entró a la habitación, Agustina tirada en el suelo miraba al techo al fin en silencio, al ver a su madre comenzó a gritar de nuevo, Azucena la volvió a tomar en brazos, la llevó al baño, le dio una ducha mientras esta le pegaba y gritaba, la vistió y la peinó, le dio puré y pollo en la boca, ella escupía un poco y otro poco comía, Azucena sonreía con los ojos empapados mientras le decía.

–Yo sé que no me haces caso, pero vas a tener que dormir para que llegue Papá Noel. Comete todo el puré, el pollito, y después vamos a la cama para que Papá Noel pueda venir, sino dormís no puede llegar.

Agustina mirando hacia arriba, seguía con su lucha con la cuchara mientras movía la cabeza a los lados lentamente.

Al terminar el plato Azucena fue al sofá y se puso a limpiarlo, Agustina bajó de la silla y cayó desmayada.

Azucena luego de limpiar, cenó en silencio, luego comenzaron a oírse los fuegos artificiales y ella miró a su hija tendida en el suelo sin hacer nada al respecto. Se sirvió una copa de vino blanco, se dijo a sí misma “Feliz Navidad”. Fue al dormitorio, tomó un almohadón, fue hacia Agustina que seguía dormida debido a unas gotas que su madre había agregado al puré como ingrediente especial, entonces le dijo:

–Que tengas una Feliz Navidad, mi amor, perdón, pero es lo mejor para las dos –y presionó la almohada contra la cara de su hija hasta que esta dejó de respirar.

Azucena esposada sube a una camioneta, la gente le grita, algunos intentan escupirla, ella se pregunta de dónde sacaron fotos de su hija para hacer pancartas, se pregunta dónde estaban esas personas cuando durante ocho años ella cambió pañales, soportó gritos constantes, cuidó que Agustina no se lastimara cuando se daba contra las cosas, cuando le dio de comer, cuando tuvo que ir con las manos temblorosas, un nudo en el pecho, transpirada y sonrojada, a pedir ayuda económica al Estado, porque nadie la ayudaba a cuidar de la niña, y había que mantenerla y mantenerse. Dónde estaban cuando tenía que pasar noches enteras bajando fiebres o todo el día tratando de hablarle a alguien que no lograba comprender ni una de sus palabras y que no tenía posibilidades de un futuro, una persona que jamás estudiaría, ni saldría, ni se metería en problemas, ni le daría nietos ni se los negaría.

¿Dónde estaban los justicieros que ahora la condenan cuando Camilo prefirió huir, y ella tuvo que contar monedas para comprar medicamentos que en realidad eran pruebas y no le hacían evolucionar ni un poco a su hija? ¿Dónde estaban los que ahora gritan: Asesina , y se dan golpes en el pecho, los que le tiran tomates y huevos, los que hicieron esos carteles con el nombre de su niña, cuando esta rompía objetos de la casa y Azucena tenía que correr a juntarlos para evitar que la niña se cortara, o se los comiera accidentalmente?

Ahora están todos, todos gritando, todos abucheando, todos llamando angelito a su hija, incluso en la multitud ve una cara conocida, es la cara de Camilo, con más kilos y menos cabello, pero es él, que la mira indignada, rodeado de periodistas y con la cara empapada en llanto, después de haber desaparecido ocho años.



ANDREA PEREIRA



Andrea Pereira (28 de junio de 1983) escritora uruguaya nacida en Montevideo. Sus obras han sido premiadas en varias ocasiones, en distintos países como Colombia, Estados Unidos, Argentina, Uruguay, España, Costa Rica, Chile, Perú, Alemania, México Ecuador, entre otros.

Ganadora de la primera mención por su novela “Las cartas de Esther” en Argentina, ganadora del primer lugar en concurso de relatos eróticos karma sensual con “Flor de lino” en 2019, en Argentina, ganadora del primer lugar en concurso del instituto cultural latinoamericano en Junín, Argentina, en el 2020 con “Crecer a los sesenta y cinco”

Narradora destacada invitada a participar de la revista literaria perros de la calle en México con una obra de terror.

Finalista del concurso Reinaldo Arenas con la novela: Amadeus y con el poemario Musas de Roble. Ganadora de tercer lugar en concurso literario sobre el mate en el 2016 con “El mate y la plaza”, tercer lugar en 2019 en Quem Quem, Argentina con “La piel de alguien más” y también ganadora del tercer lugar en Uruguay en el 2019 en Minas, concurso auspiciado por Ajupel con “Una promesa de hermanas”

Blog:

<https://lolitadejunio.wixsite.com/misitio>

El ser invisible

Ingrid Levy Mustri

Karla sufría de paranoia, a grado tal, que eventualmente contrató a una detective privada, quien fungía también como su guardaespaldas; desde el principio, le ordenó que fuera a los lugares públicos con rigurosas gafas negras, de las cuales poseía veinticinco; gabardina de cualquier color y una colección de ciento treinta y tres pelucas de diferentes colores, diseños, materiales y tamaños; todos los atuendos los había ido acumulando a lo largo de su carrera de actriz; otros más los había comprado. Nadie supo nunca acerca de su vida familiar, pues era una persona muy reservada. Con los demás actores, cruzaba las palabras indispensables; sin embargo, al director lo hacía lucir con la brillantez de sus interpretaciones. Su secreto, además de la cantidad de años, que apenas le asomaban algunas arrugas en la frente y en la sonrisa, la cual no era muy frecuente en su pasar cotidiano de los días, los cubría con una actitud evasiva y superficial, hasta dejarse caer en el aislamiento. No permitía que nadie penetrara su alma, excepto él, un ser indescriptible. Él la atrapó desde las letras, la cautivó desde el comienzo con *Estrellas en el mar*, una obra que la hizo soñar, despegar los pies del suelo y colapsar sus labios al recordar sus besos. Escribía personajes a su medida, utilizando su esencia en diferentes modalidades y colores, pero haciendo un análisis profundo, siempre ella, con decenas de caracteres y disfraces. Ella no se miraba a sí misma, guardando su atractivo y genuina belleza para él y sus encuentros furtivos, los cuales eran ocultamente espiados por una tercera... Él sí la miraba cautivado, a través del espejo, sin permitir que se le acercara ninguna de las expertas maquillistas que engalanaban a las demás actrices, embadurnaban de halagos a diestra y siniestra al galán en turno de la televisión. Karla, sin ser una “estrella famosa”, se permitía estos caprichos: ser su propia ama y señora, sin estar a expensas de nadie, excepto de él y sus deleitables líneas, que la hacían flotar entre sus propios suspiros..., hasta que sus letras escritas para ella, junto con sus miradas colapsadas en su ronca respiración ahogada, entre los vellos de su pecho y su fresca loción de hombre, se convirtieron en un recuerdo cada vez más lejano y en un pedazo de papel con tres líneas en las que él mismo se despedía, sin explicación alguna, ni mayor indicio de su paradero. Ella siguió con su vida a hurtadillas, huyendo, conformándose con textos clásicos y preestablecidos por estadísticas y los gustos del público, pues con su natural talento, se encargaba de ganarse en pocos días la confianza del director en curso, al cual dejaba

casi siempre con un suspiro y un enigma, cuestionándose haber sido quien ella merecía como la gran actriz que era. Puesto que Karla con su actitud, dejaba muy en claro la distancia precisa que debía haber entre ellos, casi todos se quedaban con un rezago emocional que no lograban descifrar.

Ella caminaba más o menos al ritmo de la corriente, hasta que ocurrió lo peor:

Al finalizar un brindis al que fue obligada a asistir por el cierre de temporada de una obra, vio a su amado en brazos de otra, no era un espejismo; sus manos grandes y velludas, rodeaban la cintura de la susodicha; su voz ronca, cuyo timbre todavía recordaba, le susurraba no sabía qué cosas a esta flamante desconocida, cuyo vestido negro brillante, relampagueaba y descubría su espalda y los bordes de sus pechos. La risa de ambos le retumbaba en los tímpanos, al igual que sus movimientos, los cuales sentía como punzadas en las sienes y en el cerebro, como si se despertase de una cruda. Se fue huyendo con la última imagen: los cuatro labios mordisqueándose las comisuras de la boca, el cuello y las orejas... Fue desde ese momento cuando se colapsó e hizo que la guardaespaldas, redoblara esfuerzos...

Seguramente también mi identidad es misteriosa, pues yo misma me pregunto cómo he llegado a conocerla, a mirarla siquiera, si se esconde, pues he leído entre líneas, buscando algún indicio, me asomo cada vez que puedo a las revistas, que ya empiezan a hacer preguntas ante las miradas tendenciosas de los críticos, en los periódicos, oh, cómo hablan de ella los periódicos, en la sección cultural, en primera plana...

Me escurro entre los diálogos que ha interpretado y entre sus monólogos que ya me sé, todos, de memoria. Me guardo decorosamente en mi casa, sin espiarla, sin recorrer las páginas de las grandes obras. En este momento, después de muchos soles de no haberla visto de verdad, quizás por miedo a lo desconocido, a su reacción, a enfrentarme con sus demonios, precisamente en este par de segundos, nos trasladamos a su camerino, necesito verla, necesito ver su rostro, olfatear su mirada y escudriñar, si me es posible, su pasado. Transgredir su presente, hasta no querer saber nada de su futuro...

Ahora la miro en el espejo grande que cubre casi todo el muro del camerino: su color de piel está cambiando, parece más vivo que antes; rosado, latiendo, frente a esa alma pálida que ahora parece iluminarse con todos los colores que absorbe de los foquitos blancos y de sus cuadros de conmemoraciones: 300 representaciones de "Un tranvía llamado deseo", tambaleándose en nuestra mirada, sí, la mirada de ambas: tú, la gran

actriz que recibe todos los aplausos y admiraciones de cientos de personas en las butacas, por un par de horas y un par de copas, entre risas y extensos comentarios y yo, quien sólo los oigo como un brebaje lejano, como una droga, una dopamina difuminada en mi ser, tu eterna admiradora. Te admiraba en los innumerables videos que yo misma te grababa; envidiaba la pequeña, pero profunda alegría que te palpitaba en el pecho, al pronunciar esos diálogos llenos de significado y “vida”, a pesar de la muerte secreta de tu ego, de tu solipsismo tras bambalinas, de tus petrificadas entrañas, balanceándose entre los pomposos vestuarios que tomabas prestados, al igual que ese pedazo de vida que reciclabas una y otra y otra vez en cada función, mientras yo envejecía y mis huesos sostenían un despojo humano, un intento inacabado de persona, un ser invisible.

Me acerco más y siento tu aliento agitado de emoción, de euforia, te miro de cerca, sin espantarte demasiado, sin perturbar tu estima vulnerable. Me acerco ahora sí..., no hay escapatoria...

Las piernas de Karla se erguen, muy firmes, sobre su centro, tiemblan sólo por dentro, como un reflejo de momentos más tristes, como la réplica de un terremoto; dobla la gabardina, la azul marino, la de los martes, la sostiene en su mano izquierda. Ahora sí está conmigo y parecemos una, nos fundimos en un abrazo largo, tan largo que me desvanezco, primero en sus brazos, luego en su cama y cuando despierto...

Estoy sola, sostengo extrañamente, la gabardina en la mano izquierda, la dejo en un cajón que cierro con llave, viene un hombre y me mira fijamente, me sonríe. Me tiemblan las piernas, pero le devuelvo la mirada, me sonríe de frente y se congratula, me reconforta sentirlo cerca, intenta decirme algo, mueve los labios y el cuerpo como sabiéndose escuchado, pero no escucho lo que dice; de algún lado lo he visto y sin embargo no lo reconozco, pero me recuerda a alguien muy querido, a alguien que extrañaba. Saco un cigarrillo que él retira de entre mis dedos, me tranquiliza con la blancura de sus dientes, y su cristalina mirada que transmite confianza; me invade la sensación de que por fin lo hallé, como si llevara años buscándolo. Después de remover alguna sustancia rojiza en un vaso con agua y ofrecérmela, el hombre se aleja cerrando la puerta tras él. Encuentro un periódico grande, abierto más o menos a la mitad, pidiendo a gritos ser leído, lo recojo y las palabras me atraviesan las pupilas, recorren toda mi sangre, hasta hacerla asentarse en mis tobillos y dejarme pálida, agitada y entumecida:

HOY, 7 DE DICIEMBRE DEL 2018, LOS ESCENARIOS DE MÉXICO SE CONMOCIONAN, CON EL RETIRO DE LA ACTRIZ...

Se me cae el periódico de las manos y con él, empujo una caja de pastillas rojas a medio usarse, me siento mareada por la noticia, pero las levanto, alcanzo a leer la etiqueta: prescripción dosificada para la paciente Karla Emilia Arteaga, Hospital Psiquiátrico San Hipólito. "Pobre, pobre Karla, la voy a extrañar", pienso guardando la caja.



INGRID LEVY MUSTRI



Ingrid Levy Mustri, nacida en 1977 en la Ciudad de México, es una escritora apasionada por la literatura, el teatro y el cine. Desde temprana edad encontró en las palabras un refugio y una forma de expresar la complejidad de emociones que la habitan. Para Ingrid, escribir no es solo una actividad, sino una necesidad que le permite aportar algo significativo en un mundo convulso. Cada texto suyo es una invitación a la introspección, un pequeño regalo que intenta dar claridad y belleza en medio del caos.

Además de su amor por las artes, Ingrid es una viajera curiosa, fascinada por la cultura y los idiomas, entre ellos el catalán. Prefiere las experiencias tranquilas, como sentarse a tomar café y observar la vida a su alrededor, en lugar de las aventuras extremas. Amante del fondue de queso, los merengues y los pasteles sin chocolate, considera que el disfrute de la comida es una fuente esencial de inspiración. Para Ingrid, vivir con intensidad y sensibilidad es fundamental, pues cada momento, cada sabor y cada imagen nutren su creatividad y su visión de la vida.

El último suspiro

Carmen Barbado Rico

Mi padre, un hombre ya de 91 años, de poco pelo, sin dentadura, por lo que hacía ruidos extraños con la boca, ya sólo piel y huesos, estaba ingresado en el hospital; la muerte llamaba a su puerta de forma insistente, pero él no quería morir, siempre decía: “no debería morirme nunca”, a pesar de ello, su depresión le perseguía y muy de vez en cuando, cada vez más a menudo, decía lo contrario: “me muero” “me quedan dos teledíarios” “ayer, casi me muero”.

En aquel hospital le hacían pruebas y pruebas para buscar un diagnóstico ante sus síntomas de una enfermedad consistente en vomitar sin ningún motivo aparente, por fin, después de más de quince días nos dijeron que tenía el duodeno obstruido y eso le producía los vómitos, además tenía cáncer de colon y un aneurisma en la aorta, que era lo realmente preocupante, ante estas perspectivas de vida, cada vez más deteriorada, decidimos llevarle a una residencia de ancianos en un pueblo cerca del suyo, una vez que le dieran el alta, pues las expectativas eran buenas.

Mientras estaba en el hospital, sus hijos íbamos a verle todos los días, o casi todos, aunque por las noches no nos quedábamos con él, sólo mi hermano pequeño, pero porque venía de lejos y así evitaba tener que venir más a menudo al hospital; cierto es que nuestra relación paterno-filial nunca fue demasiado buena, además se contagió de la última enfermedad que nos traía a todos en jaque, la covid, hiper contagiosa, para verle nos teníamos que poner mascarilla, bata y guantes, lo que condicionó las visitas.

Mi hermano con una enfermedad pulmonar, ante la capacidad de contagio (peligrosa en sí misma) decidió no ir a verle mientras la tuviera; mi otro hermano tenía la excusa perfecta para ir a verle dos días en semana, vivía muy lejos y no iba a hacer tantos kilómetros para verle más a menudo, y yo, que no conduzco, dependía de mi pareja para que me llevara y trajera, de ahí que decidiéramos contratar a señoras que se dedican a cuidar a pacientes en el hospital si sus familiares no pueden ir a verlos.

La primera semana fue horrible, mi padre perdió la perspectiva del tiempo, se puso agresivo, insultaba a todos, incluso a nosotros, siempre estaba nervioso y finalmente le tuvieron que atar a la cama para que no se quitara las vías o se saltara las barras de la cama y se tranquilizara. Tras esa semana los psiquiatras del hospital empezaron a hacerle preguntas y consiguieron calmarle con pastillas.

Fue el propio médico del hospital quien nos sugirió (aunque parezca mentira) que fuera alguien a cuidar a mi padre si no podíamos los hijos, para que se tranquilizara y el personal del hospital no tuviera que estar con él porque era agotador, aunque esa sea una de las tareas propias de su trabajo, cuidar a los enfermos, pero en este hospital están acostumbrados a que sean los familiares los que se ocupen de los enfermos y ellos descargan sus responsabilidades en esos familiares.

Nosotros sentíamos que nuestro padre estaba acompañado por estas cuidadoras aunque no fuéramos a verle; es nuestro padre, pero él nunca se ha interesado por nosotros, por lo que estudiábamos, por lo que hacíamos, sólo cuando mi madre (si no volvíamos a una hora adecuada) le achuchaba diciéndole “estos hijos no han venido aún”, se despertaba, se vestía e iba a buscarnos para regañarnos por nuestra tardanza.

Jamás se preocupó de nosotros, pero ahora nos echa en cara que gracias a él estudiamos y se lo pagamos no cuidándole. Sigue pensando que uno tiene hijos para que se conviertan en sus cuidadores cuando los padres se hacen mayores, no por cariño, si no por obligación, como parte de la cultura católica.

Pasados 20 días sigue en el hospital, la situación sigue siendo complicada, los sentimientos se mezclan y no sabemos a qué atenernos, por un lado está muy solo y más ahora que le han subido a la planta de paliativos, a una habitación con dos camas, siendo una de ellas para el acompañante (si este quiere quedarse a dormir y hacer vida allí con el enfermo); por otro no queremos quedarnos a dormir en el hospital, aunque tengas tu propia cama, porque no hay nada mejor que la cama de tu casa para dormir; además, creo que la soledad no tiene por qué ser una compañera amarga, pero cierto es que en un hospital es ingrata y se requiere tener mucho ánimo (a mi padre se le va acabando) para lidiar con ella y comprender que forma parte de la vida, que no es insana y no te conduce a la muerte necesariamente.

Cierto es que un hombre de 91 años, al que no sé cuánto le queda de vida y nadie es capaz de decirnos nada al respecto, que está en paliativos, pero aún con familiares para verle, se ha convertido en una situación extraña.

Los médicos siguen haciéndole pruebas pero ya no quieren que sufra por lo que le ponen un medicamento de sedación aun sin saber si le van a dar el alta o le van a tener allí, nos mantienen con una vana esperanza, no nos mienten pero no tienen certeza de nada, cada día es una aventura nueva para nosotros que no sabemos cómo lidiar este toro, más bien vaquilla que es mi padre. Se ha convertido en un cuerpo lleno de huesos y piel que no puede caminar, no se queja y repite lo mismo muchas veces.

Ayer estuve con él, le afeitamos, estaba bien hasta que le subieron a la quinta planta, a paliativos. Los médicos dijeron que era para que estuviera más tranquilo, que allí le iban a cuidar mejor e iba a tener menos dolores, su explicación no me convenció porque iban a seguir el protocolo, hacerle la prueba para resolver el atasco del duodeno y que pueda comer, pero no sabemos más, me da miedo la soledad en que quieren envolverle, también la culpabilidad que quieren que sintamos los hijos por no quedarnos a dormir con él.

Los hijos nos llamamos todos los días para ir viendo cómo solucionamos el tema del acompañamiento y por supuesto para hablar del enfermo, su evolución y su comportamiento.

De momento, no hemos sentido ninguna angustia ni malestar por dejarle solo, porque ha sido en momentos puntuales y eso sí, por las noches o bien hemos pagado a una cuidadora para que fuera o estaba acompañado por el enfermo de la cama de al lado y su familia, pero ahora que está solo no sé qué haremos. Esta noche se ha quedado solo, yo me he sentido culpable, pero he pensado que después de estar todo el día con él necesitaba descansar y como por la noche duerme bien no pasaba nada por dejarle solo.

Aquí estoy, en mi casa, pensando y escribiendo mi angustia, mi soledad, mi desorden de vida actual, quiero volver a mi monotonía, sigo esperando noticias de mi padre, queriendo salir de esta indecisión, de esta falta de motivación, de este sin saber en el que estoy metida para seguir adelante. No hay nada peor que la incertidumbre, que la duda, sobre todo si es médica, que esperar por esperar sin un fin en sí mismo.

Me ha llamado mi hermano, al fin, a pesar de esa covid persistente fue a verle el domingo y se quedó con él, aunque no a dormir y ha vuelto hoy, lunes, a pesar de tener que ponerse la mascarilla, la bata y los guantes. Han pasado los médicos y la prueba definitiva para desatascar el duodeno se la harán el próximo martes, por tanto, otra semana más en el hospital. Volvemos a usar a las cuidadoras para poder respirar, aunque cada vez menos.

Empezamos a tener un segundo problema que se deriva de esta historia y es que comenzamos a echarnos en cara cuanto tiempo o días ha ido cada uno de nosotros a ver a mi padre, de momento sin acritud y sin darle mayor importancia pero empieza a hacer mella en nuestra relación.

Somos tres hermanos y nos hemos llevado muy bien siempre, nunca hemos peleado, nos hemos querido, estado muy juntos, hecho comidas familiares cada dos o tres meses, siempre con brindis, alegrías, sin rencores ni falsas modestias, a veces hemos discutido pero rápidamente nos perdonamos, no nos gusta estar enfadados

y nos llevamos bien. Esta situación de mi padre empieza a pasarnos factura, no sé cómo acabaremos, iremos viendo, pero ya hay señales de fuego, aunque son llamas pequeñas, que esperemos no se aviven y se conviertan en un fuego incontrolable que no sepamos apagar.

La situación va mejorando entre nosotros, las pequeñas rencillas se han ido alejando y volvemos a sentirnos como antes, amigos y hermanos a la vez, anteponemos la confianza y hemos sabido apagar aquellas pequeñas llamas de malos augurios que yo preveía en el párrafo anterior.

Seguimos yendo y viniendo al hospital, ahora nos han dicho que al abrirle el duodeno a mi viejo padre le han producido un desgarró en la mucosa del duodeno, con lo cual, no sabemos ni cómo ni cuándo va a salir del hospital, esta incertidumbre me mantiene en vilo, se me pasa el tiempo súper rápido porque sólo puedo pensar en si le van a dar el alta o no, en qué va a pensar el hombre cuando descubra que en vez de ir a su casa, donde ha vivido más de la mitad de su vida, va a ir a una residencia porque ya le tienen que ayudar en todo y para todo, cuando vea que no va a vivir con su esposa, por la que a veces pregunta, pero que sólo ha ido a verle un día por culpa del dichoso covid; ella ya tiene 87 años y nos da miedo llevarla para evitar males mayores, contagios y demás pestes.

La situación va mejorando poco a poco, mi padre ya no tiene el covid, por fin podremos quitarnos las mascarillas, los guantes y las batas para estar con él en la habitación, también han empezado a darle líquidos aunque aún tienen miedo de ese desgarró en la mucosa, por eso, aunque va mejorando no podemos “lanzar las campanas al vuelo”. El fin de semana estará con dieta líquida y el lunes empezarán a darle algo sólido para ir comprobando cómo actúa su estómago. En cuanto al ánimo va recuperándolo, sigue un poco despistado y a veces te repite lo mismo veinte veces, pero otras tiene un discurso aceptable, mantiene una amena conversación y no pierde el hilo, eso sí, sigue como siempre diciendo piropos o intentando ligar, a pesar de la edad, se cree un Adonis con las enfermeras y las auxiliares, ellas se lo toman bien y le siguen las bromas, dicen de él que es muy simpático, cierto es que lo que quiere es que le escuchen sus historias como todo abuelo Cebolleta que se precie; pero ellas no tienen tiempo de escucharle, eso le molesta; a nosotros no nos lo cuenta porque somos sus hijos y a él le interesa más lo nuevo por no conocido que lo familiar y conocido. Le gusta tener un público joven y femenino que le ría sus gracietas, que a veces son infumables porque es un machista empedernido, criado al albur de las enseñanzas católicas en un pequeño pueblo en la época de la posguerra donde no llegaron los ecos de la guerra y franquista una vez que esta terminó. Un pequeño pueblo donde no hubo represaliados, ni muertos, ni desgracias durante la guerra, donde todo era tranquilidad en apariencia,

pues la envidia carcomía los pensamientos de muchos, pero todo se arreglaba con la religión, ir a misa y mantener las tradiciones eclesíásticas. No hubo diferencia entre república y dictadura, ni entre esta y democracia, sólo que se votaba, pero casi siempre ganó el PP, por mayorías absolutas, porque aquí se vota al candidato a la alcaldía no al partido y si es conocido en el pueblo, se le vota, lo haga bien o lo haga mal.

Mis padres siempre votaron a la derecha incluso cuando vivíamos en Madrid, aunque él ha trabajado siempre por un salario más o menos digno, aunque nunca hemos tenido mucho dinero hemos vivido sin penurias, pero sin grandes comodidades.

El buen anciano ya lleva un mes en el hospital, volvemos a contar con las cuidadoras para atenderle, pero todo se va complicando, mi hermano, el pequeño, tiene la tensión muy alta y no puede venir, tiene que cuidarse, cualquier elemento estresante sería muy perjudicial para él, encima nos acaban de decir que esta noche ha vomitado y tiene fiebre, por lo tanto tampoco le van a dar el alta esta semana; supuestamente me van a llamar los médicos para decirme que ha pasado, aún no lo han hecho y esto es un sin vivir, de nuevo la angustia se ha apoderado de mi estado de ánimo; estaba contenta, parecía que todo iba viento en popa, incluso ayer mi padre estuvo por la tarde pintando Mandalas, fue lo que le salvó de la muerte cuando estuvo con la Covid un mes en el hospital hace tres años.

De nuevo, la cuidadora me dice que ha empeorado, espero que me llamen los médicos, qué sufrimiento tan angustioso. Los médicos no llaman, lo del hospital es inaudito, pasan las horas, el paciente empeora, los familiares, por distintas razones no pueden ir a verle, pero los médicos no llaman y eso que está en paliativos que es donde los pacientes son lo primero según nos dijeron las enfermeras, pero en este hospital que celebra su cincuenta aniversario no sólo tardan un mes en hacerle distintas pruebas, sino que cuando la situación empeora ni llaman a los familiares, ni sabemos cómo actuar, para ellos lo importante debe ser mantener en la angustia a los familiares. Finalmente llamaron a mi cuñada, al primer teléfono que tenían en la ficha, sin mirar de quién era, así que hasta que me llamó mi hermano estuve angustiada, incluso llamé a control, aunque, por supuesto, no me pasaron con la geriatra porque tú no puedes llamar a los médicos.

Me ha llamado mi hermano, a mi padre le van a quitar la alimentación parenteral y van a esperar a que se muera, ya sí que está en las últimas, así que empezaremos a ir todos los días los hijos y tiraremos de las cuidadoras por las noches. No sabemos el tiempo que le queda pero es ya poco, está todo el tiempo adormilado, no quiere comer, no retiene lo que come y los médicos nos han dicho que lo que dure y sin dolores en

paliativos, parece ser que el desgarro en la mucosa ha sido peor de lo que esperaban y ya no tiene solución. Es duro, muy duro de sobrellevar, a pesar de todo, es nuestro padre y ya le lloramos, ninguno lo esperaba, porque la esperanza es lo último que se pierde, pero mi padre está muy deteriorado, ha perdido todo, incluso la ilusión de vivir, en una semana, así que se muere, esperemos que no sufra mucho, que la muerte no sea cruel con él, que no le haga sufrir en exceso, que cuando se quiera dar cuenta se encuentre con ella de manera pacífica. Según mi hermano no pasa de este fin de semana, pero nadie sabe cuándo le llega su momento.

Este relato de impaciencia y sufrimiento me ha servido para verter mi dolor, mi incompreensión, mi angustia y mi desesperación ante esta extraña situación, ante este sin vivir, ante esta incapacidad de comprender como hace dos días le daban el alta y ahora la situación es irreversible; nunca sospeché que iba a ser así, porque nos han dado toda clase de esperanzas hasta ayer mismo, este cambio es insospechado y por eso es inaceptable, todo estaba buscado para ir a mejor, pero se ha truncado en un minuto. Ya sí que se muere. Ayer estuvimos con él toda mi familia, fueron mis hijos y mi madre, esta se comportó como una niña pequeña y se enfadó conmigo varias veces, tiene 87 años y empieza a tener deterioro cognitivo, te dice pensamientos irrelevantes y absurdos a veces, otras, discute contigo porque quiere que le des la razón en todo; a mi padre le decía: “dime quién soy, que soy tu mu-er, la Luci, que me lo digas, dime que me quieres o si no me voy. Dímelo majó, dímelo, es que no te acuerdas de mí”; en un momento la mandó a paseo y luego nos echó porque sólo quería dormir, así que le dejamos dormir, aunque todavía se despertaba sólo cinco minutos y balbuceaba. A eso de las dos de la tarde se durmió y ya no hubo forma de despertarle, una cuidadora se quedó con él por la noche y no ha despertado, lleva más de veinticuatro horas dormido, pero no sabemos hasta cuándo aguantará su cuerpo vivo, ya no va a despertar.

Hoy, es domingo, está mi hermano pequeño con él, me imagino que me llamará sobre las dos de la tarde, ya te contaré lo que me dice, ya nada positivo. Sólo nos queda esperar a esa muerte que le está llegando y ya le tiene agotado, por eso sólo duerme, pero aún no llega. Ya nunca irá a la residencia.

Seguimos igual, hay una pequeña novedad, los médicos se disculpan por sus errores, parece ser que la intervención para quitar la obstrucción en el duodeno y que pudiera hacer la digestión no tuvo éxito, por eso, por su deterioro corporal, por el aneurisma y porque ya no saben qué hacer le van a dejar morir, nos dan ganas de poner una denuncia al hospital por negligencia de los médicos pero no lo vamos a hacer, son unos incompetentes, todo podía haber sido más rápido, aunque no lo hayan hecho bien, si hubieran sido más ágiles y lo hubieran intentado de otra manera, no sabemos qué hubiera pasado, lo dejaremos como está.

Nos dicen que el oído es lo último que pierden, así que le hablamos todos los días; de día vamos los hijos hasta que se acabe esta triste historia de mi padre, ese anciano al que se le escapa la vida por las esquinas de su cuerpo, como si fuera el aire que poco a poco se sale por cualquier pequeño espacio de tu casa.

Vuelvo a seguir con este relato que parece inacabable porque mi padre sigue dormido pero sus constantes vitales son buenas, ya ni siente ni padece, parece ser que sólo oye y siente las caricias en su rostro; para mí empieza a ser muy cansada esta espera, porque ante la imposibilidad de hacer nada para que vuelva a la vida, la espera de una muerte sin sufrimiento es larga y tediosa. Eso sí, nos ha preparado para esperar el último suspiro de mi padre, sin demasiado dolor.

Ha llegado su final, mientras estaba yo con él en el hospital, no ha despertado, simplemente ha dejado de respirar y su corazón ha dejado de latir, una muerte dulce, que llaman, pero dura para nosotros, aunque lo sabíamos, la muerte siempre es inoportuna y aviva los recuerdos, por ello lloramos.

Ahora me preocupa mi madre, se irá haciendo a la idea poco a poco, pero está muy despistada y ese despiste la sirve de barrera para ni siquiera pensar que su marido ha muerto. Todo le parece mentira y no quiere recordar nada, cierto es, que a ratos la realidad se le hace presente y asimila lo ocurrido, pero sólo a ratos, esperemos que la vuelta a su rutina diaria la haga aceptar la pérdida de su marido y no caiga en ella la demencia senil o el Alzheimer, pero está será otra historia, esta es la de mi padre, ese hombre de 91 años cuyo final llega aquí.

CARMEN BARBADO RICO



Nacida en el pueblecito de Sanchonuño, Segovia, España, la autora decidió emprender un nuevo capítulo en su vida en Laguna de Duero, Valladolid. Aunque el nuevo entorno tampoco le resulta especialmente inspirador, encuentra su verdadero hogar en la calidez de su familia: sus hijos, su pareja, su hermano y su pareja, quienes constituyen el núcleo esencial de su vida.

Con una sólida formación en Filología Hispánica, su vocación como profesora de Lengua y Literatura la llevó a impartir clases en diversos Institutos de Educación Secundaria en toda España. Tras su jubilación, ha redirigido su energía hacia su verdadera pasión: la poesía. Este año, ha publicado su primer poemario, titulado "Mi tempo de palabras", con la editorial Brisa del Sur, marcando el inicio de una nueva y emocionante etapa en su carrera literaria.

Mi niña

Heidy Stefanny Rodríguez Perdomo

Mi nombre es Camila, soy una mujer de 28 años que vive con una niña tomada de la mano, ella es callada y nunca me suelta, me toma de la mano y así andamos de arriba para abajo, dormimos juntas y siempre hay algo que contarle y ella me dice lo que piensa. Es difícil vivir con ella tomada de la mano todo el tiempo, cuando hablamos y reímos con otras personas ella solo me mira y dice que no olvide que tengo que volver a mi casa. No hago mucho planes, porque ella me dice que es mejor estar en casa juntas y así pasar más tiempo a solas. En algunos momentos es muy difícil para mí, porque ella me empieza a mostrar imágenes y escenas muy tristes del pasado, y me empiezo a sentir mal. A veces me dice que todo estará bien, pero otras veces me dice que huyamos y corramos hasta que las piernas no den más.

Estar con ella a veces es agotador porque nunca deja de hablarme, más cuando estamos solas, su voz me recuerda todo lo que tengo que hacer y dice tantas cosas que es como si me hablaran muchas personas a la vez que me miran y dicen que mi sonrisa es hermosa y les agrada, que jamás me queje. Aunque ella me grita y me dice que solo me calle y no me deja hacer un berrinche o al menos llorar .

Hay días que es más pesado estar con ella, se acuesta sobre mí y siento mucho peso encima como para levantarme, me toca cargarla y de verdad que me da impotencia sentirme tan pesada, su peso hace que me cueste hacer cosas como levantar hasta una cuchara, por lo cual hay días que prefiero saltarme las comidas, aunque cuando a ella le da hambre comemos demasiado, al punto donde duele, cuando tiene hambre tengo que comer para ayudarla a sentirse mejor. Me duele el cuerpo de cargarla, sobre todo los hombros y la espalda, pero es mi niña y pensar en dejarla es difícil, en realidad muy difícil.

Mi niña me abraza a veces tan fuerte que me deja sin aire y me cuesta respirar, de lo fuerte que me abraza no puedo moverme mucho, me tiemblan las manos y piernas y solo me agacho para que ella me abrace, es difícil.

Pero ella me cuida, cuando quiero salir me cuenta historias aterradoras que me podrían pasar y prefiero no hacerlo, cuando un chico se me acerca para ser más que amigos me recuerda mis viejas historias y me cuenta cómo podríamos sufrir y prefiero alejarlos, cuando me siento muy triste porque me va mal en el trabajo quiero pedir ayuda o contarle al menos a alguien, pero ella me dice que no y me grita que nosotras podemos solucionarlo o que no podemos molestar a alguien con nuestros problemas. A veces me siento sola pero mi niña me repite que entre menos personas mejor, ¿cómo es posible dejar de escucharla, cuando llevo una vida tomadale la mano y escuchándola?

Ella me miraba con tristeza en su mirada y yo no entendía por qué me miraba así, ella puso su voz firme y me dijo que no podía seguir con mi niña.

— ¿Qué? ¿A que se refiere? ¿No escucho nada de lo que le dije? No puedo sin ella.

— Sí puedes, o...al menos, no tienes que dejar que ella controle tu vida, lo entiendes ¿verdad? Tienes que empezar a tener control.

Yo solo la miraba mientras mis manos empezaron a temblar y mis lágrimas caían.

— ¿Por qué lloro? ¿Por qué si vine acá me siento así? —empecé a llorar de una forma que jamás lo había hecho, mientras ella me repetía que siguiera, ¿que siguiera que? En mi mente solo quería llorar y gritar que estaba cansada y, por primera vez, no la escuché, la voz de la niña que me decía cállate no estaba, mientras más lloraba ella se iba bajando de mí y sentía menos peso, empecé a gritar todo lo que me agobiaba, mis miedos y mis preocupaciones, sin sentir miedo a ser juzgada o a sentir que soy una carga por querer desahogarme. Cuando me calmé ella me dijo:

— Este es tu primer paso para empezar a soltar a tu niña.

Llevo ya varios meses en terapia, ella es Sonia mi psicóloga y mi niña sigue conmigo pero yo llevo el control, ahora estoy sentada en un árbol sintiendo cómo el sol acaricia mi rostro con un cálido abrazo. Sigo con miedo pero aprendí que si me dejo llevar toda mi vida por mi niña jamás avanzaré, tengo que aprender a no dejar que ella me tenga a mí.

Si estás leyendo esto espero que si tienes, al igual que yo, una niña también puedas aprender a soltarla y a dejar que el sol te acaricie la cara con un cálido abrazo.

Fin Tal vez



HEIDY STEFANNY RODRÍGUEZ PERDOMO

Heidy Stefanny Rodríguez Perdomo, nacida el 1 de septiembre de 1998 en Bogotá, Colombia, es una persona que encuentra su alegría en los colores vibrantes de la vida. Apasionada por explorar nuevas experiencias y disfrutar cada momento, Heidy no ha tenido la oportunidad de realizar estudios formales. Su enfoque en vivir intensamente y valorar las pequeñas cosas la distingue como alguien que busca enriquecer su vida a través del disfrute y la gratitud por lo que la rodea.



Mi abuelo y yo

Fernanda Cisneros

El siguiente texto fue resultado del laboratorio de teatro de la Alianza por la Lengua Francesa de La Paz B. C. S. y fue presentado el 5 de agosto del 2022 con otros tres trabajos nacidos en el laboratorio.

Al tratarse de un texto experimental de naturaleza híbrida, pensado para un teatro de sombras, y nacido desde un discurso sumamente personal, prescindí del lenguaje tradicional del drama y del uso de acotaciones.

Prólogo

Solo yo y la caja de cuentos

Hola, buenas tardes y gracias por venir a escucharme. Les presento mi caja de cuentos. Aquí no encontrarán ninguna moraleja, y cualquier idea profunda que transmita será por accidente. A lo único que me comprometo es a contarles lo que me contó mi abuelo.

Mi nombre es María Fernanda Cisneros Ortega. Bueno, en realidad me llamo sólo Fernanda Cisneros. El resto resultó un adorno banal, pues mi madre es la única Ortega que de verdad conozco y María no es válido ni siquiera en el CURP. En fin, cuento esto no porque sea alguna fibra profunda del relato, sino porque a mi abuelo —el verdadero núcleo de la historia—, le sucedió algo similar, sesenta años antes que a mí.

Pánfilo Faustino Cisneros Tenorio. Así se llama mi abuelo. Siempre me pareció un nombre sacado de alguna novela y, como suele suceder con los nombres, al final del día resultó acertado; ya sea que el nombre haga al hombre o viceversa, mi abuelo siempre ha sido ficción andando.

Aún más dramático, pues originalmente habían de llamarlo Francisco, como el abuelo materno que lo acogió en la infancia pero, como apreciarán en mis cuentos siguientes, la voluntad del hombre de la casa suele imponerse y, a final de cuentas, en el registro civil lo nombraron Pánfilo, en honor al abuelo paterno que nunca quiso tener nada que ver con él.

Así, el nombre de mi abuelo estaba vacío desde el principio, Pánfilo Cisneros delimitado por la ausencia del padre y del padre de su padre, y Faustino Tenorio marcado con el abuso de la madre.

Pero no se preocupen demasiado, porque mi abuelo, con su memoria prístina y boca que ama reír y platicar con quien le escuche, es suficiente personaje para hacerle justicia a nombre tan grande.

Cuento 1: El vaquero más pequeño de Yetla

Personajes: Abuelo 6, abuelo 9, Isabel, Tía Julia, Tío Felipe, Mario y Miguel

Escenografías: Monte de Yetla, Casa, Solar Salazar y Vacas

Todo comienza en 1948, dentro de una casa entre tantas perdidas en el monte de lo que se conoce como Yetla de Juárez, Oaxaca. En esta casa vivía mi abuelo con su madre, Tía Julia, su padrastro, Tío Felipe, una hermana menor llamada Isabel y Mario, el sobrino de Tío Felipe.

La vida de aquellos años era dura, los niños eran adultos pequeños y trabajaban como tal. Cuando mi abuelo y Mario tenía seis y siete años, ya cuidaban las vacas de Tío Felipe mientras él sembraba.

Mi abuelo se levantaba antes que el sol y pasaba el día entero en el monte, con las vacas y Mario como única compañía. Algunos días, cuando las vacas caminaban más rápido, llegaban hasta el solar de la familia Salazar. Mario y mi abuelo pasaban la tarde jugando con Miguel Salazar, dejando que las vacas se desperdigaran por el monte hasta que caía la noche y debían regresar.

Era 1951 cuando mi abuelo tuvo suficiente de esa vida. Tenía fuerza y experiencia acumulada en sus nueve años y decidió que, si había de trabajar, al menos ganaría dinero por ello. Pensaba ser vaquero de alguna hacienda cuando Miguel le presentó una oferta demasiado buena para rechazar. Así, mi abuelo se fue con los Salazar a Veracruz.

Cuento 2: Tejas y cañares

Personajes: Miguel, abuelo 9, abuelo 14, abuelo 18, Luisa Flores.

Escenografía: Los Salazar y jornaleros, Cañares de Veracruz, Restaurante e hijas, Rancho y Taller

Cuenta mi abuelo que los cañares de Veracruz siempre huelen a tierra mojada y a azúcar; que la gente de allá es amable y que los años que pasó en el rancho El Refugio Viejo de los Gonzáles fueron los que lo hicieron un hombre derecho.

Los Salazar y él llegaron en la temporada de cosecha y, con algunos otros jornaleros del pueblo, pasaron tres meses cortando caña. Una vez acabado el trabajo, los Salazar regresaron a Yetla, pero mi abuelo prefirió quedarse en Veracruz.

Salió del campo hacia el pueblo y se topó con una señora que atendía un restaurante con sus tres hijas. Al verlo solo, la señora le ofreció un trabajo. Él le ayudaría a mantener el orden y ella le daría a cambio desayuno y comida.

Así pasaron unos meses, mi abuelo trabajaba en un taller de teja y en el restaurante hasta que un día, Luisa Flores, esposa de un ranchero, le vio caminando en el pueblo. Le preguntó por su vida y después de escuchar su historia, le ofreció, no solo el trabajo de vaquero que había soñado, sino un lugar en la familia Gonzáles Flores.

Fernanda Cisneros

Cuento 3: Yetla de nuevo

Personajes: Abuelo 18 y 19, abuela 18, Tía Rosa bebé.

Escenografía: Monte de Yetla, teatro ambulante, nupcias, Solar Cisneros Romero y animales.

En 1960, mi abuelo regresó definitivamente a Yetla. Sus motivos cambian cada vez que le pregunto, lo único certero es que en este regreso se casó con mi abuela, Estela María Romero Montecinos.

Es imposible no conocerse en un pueblo tan pequeño, por lo que mis abuelos sabían del otro, aunque nunca habían intercambiado más que saludos.

Mi abuelo siempre fue extrovertido. Le encantaba participar en las fiestas del pueblo e incluso formó parte de una compañía local de teatro ambulante. Mi abuela, por el contrario, es seria e introvertida, por lo que en lugar de actuar con sus amigos, iba a ver a mi abuelo en las pastorelas, huyendo antes de que él pudiera acercarse.

Así, eventualmente mi abuelo le habló y pronto se casaron, con una cena pequeña en su honor y nada más que un pedazo de monte a su nombre.

Con el tiempo nació mi tía Rosa, el campo floreció y mi abuelo compró sus propios animales: vacas, burros y pollitos que crecerían a la par de ellos.

Cuento 4: Cuentos en el cuento

Personajes: Abuelo 18, abuelo 19, abuela 18.

Escenografía: Cerro de agua, puente del pueblo, barranca y farol, el señor del sombrero, altar y flores.

El tiempo pasó, con noviembre llegó el día de Todos los Santos y mi abuelo recogió flores de muerto de la cima de un cerro para que mi abuela las mezclara con la cempasúchil y el azúcar de su altar.

La familia iba creciendo poco a poco, y el solar era cada vez más productivo, si bien estar casado nunca detuvo a mi abuelo en sus aventuras. Las historias de esa época siempre son las más fantásticas.

Una vez me contó que uno de los cerros de Yetla tiene un brazo de mar adentro, lo que hace del monte el más verde del lugar. Me dijo que en las noches de tormenta se escuchaba el agua retumbando, como si olas internas rompieran contra el cerro, y que al día siguiente, el río había crecido y entre las piedras corrían riachuelos.

Fue en estos años cuando mi abuelo ayudó a construir un pozo y un puente del pueblo, y es aquí en donde mi abuela interviene para contarme siempre el mismo cuento.

En las tardes, ella esperaba a mi abuelo al inicio de la barranca, le saludaba y los dos cruzaban el boquerón a oscuras. Mi abuela sabía que habían llegado a Yetla cuando se topaban con el único farol de calle que había en todo el pueblo, y es aquí en donde a ella le gustaba ver las formas de sus sombras en la tierra.

Nada raro, ¿no?

Fernanda Cisneros

Bueno, fue en una de estas caminatas cuando mi abuela vio por primera vez una tercera sombra haciéndoles compañía. Era un señor alto, vestido con un sombrero elegante y botas que, dice, solo los hacendados ricos tenían.

Desde entonces la sombra fue una constante, siguiendo a mi abuelo a todas partes. Mi abuela, al ver que nada malo pasó, lo dejó estar. Cuenta la leyenda familiar que esta sombra se quedó con mis primos, hijos mayores de mi tía Rosa y que, con el paso de la vida ha ido cuidando a los diferentes descendientes de mis abuelos.

Cuento 5: 2002

Personajes: Abuelo 70, Mafer 5, 12, 16 y 19.

Escenografía: Casa Diana, sillas, estrellas, burros, cañas y maíz, Península y barco, Isabel, cabello chino y Mina. Abuelo Pancho, luna y palos, Tía Julia al pie de la cama, tumba, abuelo 80 sentado en el sillón conmigo al lado.

Cuando era muy niña, estas historias eran todo lo que me contaba. Me habló de los burros que tuvo, de mis tíos cuando eran niños y de cómo se ve el cielo en mitad de la nada.

Después me empezó a contar cómo se cortan las cañas, cómo se cosecha y riega el maíz, del viaje que tomó para llegar a La Paz y de cómo la vida es justa y nos da solamente lo que podemos manejar.

Hace un par de años me hablaba de su hermana, de cómo mi cabello le recuerda al de su madre y de su trabajo en la Roca Fosfórica.

Ahora, más de diez años después, mi abuelo puede ser sincero conmigo y contarme de la muerte de su abuelo Francisco y el ciclo de violencia que lo envolvió cuando Tía Julia se casó con Tío Felipe. Ahora me cuenta que en realidad huyó a Veracruz en mitad de la noche, después de que Tío Felipe casi matara a palos a su sobrino Mario por llegar tarde con las vacas.

Me habla de la muerte de su madre, y cómo por años su fantasma se sentaba al pie de su cama y no le dejaba dormir. Me contó que doña Luisa Flores le quería, pero nunca le pagó ni un centavo por su trabajo.

El año pasado, cuando Miguel Salazar murió, pasamos los días hablando de su vida en Veracruz. Me habló de sus aventuras con Miguel, de sus peleas y de la dolorosa despedida. El día del entierro, mi abuelo se sentó a mi lado y lloramos juntos.

Mi abuelo es fantástico, ficción andante desde el día en que le conocí y ahora, ahora con la memoria que me heredó, en lugar de repetir tristezas me pide que le cuente alguno de mis cuentos.

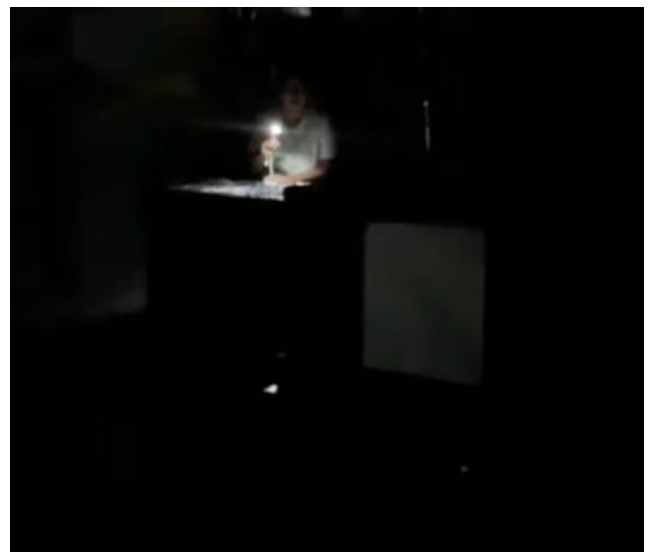
Gracias.

(Apaga la luz de la caja de cuentos).



Fernanda Cisneros

Fotografías de algunos títeres. Hechos a mano (con exacto) en cartulina sobre alambre y presentados a contraluz. La caja de cuentos está hecha de cartón reciclado y papel albanene. Para esta primera obra de sombras se utilizaron más de cincuenta títeres.



FERNANDA CISNEROS



María Fernanda Cisneros Ortega, nacida en 2002 a finales del agosto infernal de la ciudad de La Paz, Baja California Sur. Coleccionista empedernida de estambres, libros y palabras, destaca en su terquedad por la escritura de narrativa y dramaturgia. Recién egresada de la licenciatura en Lengua y Literatura en la Universidad Autónoma de Baja California Sur, apenas comienza su travesía académica. Su mente curiosa y dispersa le ha llevado a colaborar dentro festivales y diplomados en estudios de novela y dramaturgia de la Alianza por la Lengua Francesa, así como formar parte de proyectos independientes de teatro, manualidades, difusión cultural y literaria, entre los cuales destaca el colectivo Engrudo y la colectiva Mujeresaladas, en la cual forma parte como miembro de la Conseja Editorial, cofundadora y colaboradora.

El amor de mi vida

Teresa Duarte Ramírez



CAPÍTULO VII

Yo soy Huitzilopochtli

El color de su piel, su condición de adoptado, y hasta su nombre, eran razones por las que cualquier niño podría ser objeto de acoso escolar, pero vamos por partes.

Su origen de raza negra dio lugar a muchos moteos, pero ese nunca fue un problema para el niño, ya que Karla trabajó mucho con él al respecto. Lo que realmente le afectaba, era el hecho de tener plena consciencia de que era un hijo adoptado. Le daba miedo, sentía vergüenza mezclada con dolor al pensarse distinto a sus compañeros. Para negar su condición, incluso llegó a mentir. Dijo que su padre era un capitán de barcos que viajaba por todo el mundo. Que él era de piel negra como su papá. La lectura durante sus 8 años de vida, se había convertido en hábito, le ayudaba a conocer características de otros lugares que hacían creíble su historia.

Un día le pidió a Karla que le mostrara a su familia “de verdad” (biológica).

—¡Quiero conocer a mi padre!

Karla siempre había temido ese momento; sentía miedo al pensar que la dejara de ver cómo una madre, que ya no la amara, que un día se fuera con los suyos. Pero no podía negarse a la solicitud de su hijo, él tenía derecho a saber quién era.

Entonces se trasladaron al Estado de Guerrero. Buscaron por todos los lugares y con los vecinos a los posibles padres del niño. Era imposible saberlo. Algunos vecinos decían que con tanto revuelo ese día, nadie sabía quién era quién, pues para esa ocasión llegó mucha gente de fuera en apoyo a los maestros, el niño pudo haber sido de cualquiera y de cualquier lado.

Revisaron los videos del día que Karla lo encontró, las fotos, todos los artículos relacionados con el caso, y nada. Visitaron domicilios del lugar preguntando por una pareja que recién había tenido un bebé por las fechas de los sucesos, y nada. No encontraron rastro de nadie.

Teresa Duarte Ramírez

—Bueno, hijo, no hemos tenido éxito hasta ahora, pero si quieres iremos el próximo fin de semana a seguir buscando.

—No mamá. Ya no quiero buscar. Mejor el fin de semana vamos al cine con Esme y sus papás.

—Pero ¿no quieres saber quién eres?

—Ya lo sé; tú eres mi mamá y yo soy Huitzilopochtli.

Desde ese día en adelante, ya no le importaban las burlas por su nombre, ni que hubiese batallado mucho para aprender a escribirlo. Más bien se reía porque muchos no sabían pronunciarlo.

Tampoco fue necesario seguir con la mentira del padre navegante. Aceptó con orgullo su historia y la compartió con todo el que la quisiera escuchar.

Karla respiró tranquila.

Continuará...



Digital



Venerar a los muertos y respetar el lugar sagrado donde yacen sus restos significa reconocer que quienes nos precedieron aún influyen en nuestras vidas, guiándonos y motivándonos a ser mejores. Al llevar flores y orar por ellos, celebramos su existencia y mantenemos vivos sus valores en nuestra cotidianidad. En el relato de Tzintzuntzan, los jóvenes, al enfrentarse a sus temores descubren que los muertos no deben de ser olvidados y que venerarlos es un acto de amor, gratitud y memoria que enriquece nuestras vidas y fortalece el tejido social de nuestras comunidades.

Título: El llamado de los Muertos.

Autor: Lápiz White.

Técnica: Gráfica Digital.

Tamaño carta

Año: 2.024



El Llamado de los Muertos

Lápiz White

En un pequeño pueblo llamado Tzintzuntzan, en el estado de Michoacán, bañado por las tradiciones purépechas y rodeado de la belleza del lago de Pátzcuaro, los habitantes llevaban una vida sumamente arraigada a sus costumbres. Este lugar, pintoresco por sus calles empedradas y sus casas de adobe decoradas con tonos vivos, respiraba esencia mexicana. Cada año, con la llegada del 2 de noviembre, el Día de Muertos, el pueblo se vestía de recuerdos, para mantener vivas las memorias de aquellos que habían partido; no así en un rincón que muchos preferían mantener en el olvido, un viejo cementerio en las afueras, abandonado y cubierto de maleza, que evocaba historias de desdicha y recuerdos tristes que era mejor no revivir.

Las historias sobre ese lugar eran inquietantes. Los ancianos del pueblo hablaban en voz muy baja sobre lo ocurrido décadas atrás, cuando una tempestad desgarradora había provocado un evento insólito. Doña Tula, una de las personas más ancianas del pueblo y testigo de aquel trágico suceso, recordaba con lujo de detalles lo sucedido. Con su voz temblorosa, siempre advertía: “El amor es lo más fuerte que existe, pero a veces, la vida nos golpea muy duro y no por ello debemos rendirnos”.

Tres días antes del tan esperado día de muertos, exactamente el 30 de octubre, una tormenta aterradora nuevamente como cosa del destino, estalló con una furia inusitada en la tierra de los vivos y de los muertos. En esa noche tempestuosa, rayos cayeron con ferocidad sobre el viejo cementerio, iluminando un espectáculo que incluso los más escépticos tendrían dificultades en borrar de sus mentes; los muertos parecieron despertar de su largo letargo, y sus cuerpos marchitos, envueltos en un aura que desafiaba toda lógica, irradiaban una presencia inquietante que transformaba la noche en un aterrador escenario de lo imposible.

Después de dos días de tormentas, el esperado 2 de noviembre amaneció despejado, con un sol brillante que iluminaba todo y el aire estaba lleno de misterio, justo lo que necesitaban para revivir esas leyendas oscuras que siempre les ponía la piel de gallina y los hacían sentir que algo extraordinario podía pasar en cualquier momento.

Aprovechando que la mañana apenas comenzaba, tres chicos del pueblo, liderados por Mateo, un chiquillo de catorce años lleno de energía y curiosidad, decidieron que ya era hora de lanzarse a la aventura; sin pensarlo dos veces, a pesar de sentir un poco de miedo, se dirigieron al cementerio, impulsados por la emoción de descubrir lo que allí podrían encontrar.

— "Hoy comprobaré lo que mis ancestros decían sobre este lugar" —, afirmaba Mateo con la firmeza de quien no teme a lo desconocido. Sus amigos, Claudia y Benjamín, aunque nerviosos, no podían dejar que se adentrara solo en lo que para muchos era un territorio prohibido, por lo que decidieron acompañarlo.

— "¿Estás loco, Mateo? ¿Y si nos pasa algo?" — le preguntó Claudia, mientras se ajustaba la bufanda para protegerse del viento.

— ¡Déjalo en paz, Claudia! —respondió Benjamín, apretando los dientes con fuerza, como si al hacerlo le diera valor. — Si los muertos no nos han hecho nada antes, no nos harán nada ahora. ¡Así que deja de asustarnos!

El camino hacia el cementerio se transformó en un acto de valentía y en una búsqueda por descubrir lo inexplorado. Cada paso que daban se volvía más pesado, como si las historias del lugar los envolviesen con un frío intenso. Al llegar frente a la entrada, usualmente cerrada y llena de telarañas, se encontraron con una escena desconcertante y surrealista: la puerta se abrió ante ellos, revelando un mundo oculto y maravilloso, tan brillante y lleno de destellos que parecía desafiar la misma muerte. La luz jugueteaba entre las sombras, invitándolos a cruzar el umbral que prometía ser una experiencia reveladora suspendida en el tiempo, donde el pasado y el presente se unían en un torrente de emociones intensas, y el miedo se convertía en una mezcla fascinante de curiosidad y deseo.

Mateo, asombrado, fue el primero en romper el silencio al entrar al cementerio:

— "¡Miren! Aquí está la tumba de mi abuela" —

Exclamó, sintiendo un escalofrío recorrer su cuerpo. Se acercó a la lápida cubierta de hojas secas, y en ese momento el viento pareció llevar consigo la voz de su abuela.

— "Mateo, al fin estás aquí. ¡Ven a jugar!" —, dijo con claridad.

El corazón de Mateo latió con fuerza; era el momento de la verdad.

— ¿Abuela? ¿Eres tú? —gritó.

En un instante, se encontró abrazado por aquella figura que tanto había adorado. No solo era su abuela; eran todos aquellos espíritus cuyos rostros se habían desvanecido en el tiempo y que junto a ella comenzaron a acercarse como sombras de recuerdos perdidos

— ¡Han pasado tantas fechas sin nosotros! —exclamó un hombre de cabello canoso, quien resultó ser Don Eugenio, el abuelo de Benjamín. La tristeza en su voz era palpable. A su lado, la abuela de Mateo, doña Clara, lo miraba con los ojos llenos de melancolía.

— "Hoy venimos a recordarles —continuó Don Eugenio—, a decirles que no nos olviden, que siempre estaremos con ustedes en sus corazones".

Doña Clara asintió, su voz suave como un susurro. — "Nunca es tarde para honrar los recuerdos. Así que celebremos juntos todos los momentos compartidos".

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Mateo al escuchar esas palabras; el aire se cargó de nostalgia y una oleada de emociones lo envolvió.

Cada palabra fue un lazo que lo unió aún más a ellos, y en ese instante, Mateo no pudo evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas al comprender que su abuela nunca había dejado de estar a su lado; ella solo deseaba ser recordada y esperaba que su nieto no la olvidaría.

Los recuerdos y las historias comenzaron a fluir como un río, evocando las noches en que compartían anécdotas de la escuela, los sueños que tenían y las frustraciones que enfrentaban juntos. Mateo, Benjamín y Claudia, al perder el miedo, abrieron sus corazones y se contaron todo, desde las risas hasta esos momentos difíciles en los que pensaban que no podían más. Hablar de lo que les pasaba hizo que se sintieran más vivos y conectados, riendo y apoyándose entre ellos como nunca antes. Pero este encuentro no fue suficiente, porque en medio de su alegría desbordante y esa tristeza que le apretaba el pecho, Mateo miró a su abuela con la voz entrecortada y le preguntó, casi suplicando, lo que su corazón necesitaba escuchar:

—¿Por qué están aquí, abuela? ¿Por qué ahora después de tanto tiempo? preguntó, su voz quebrándose.

—Te he necesitado tanto. ¿Por qué me dejaste?

El silencio los envolvió, y en medio de ese silencio, sintió aún más la presencia de su abuela, como si las respuestas estuvieran flotando entre ellos, a la espera de ser reconocidas.

— “Querido nieto, hoy estoy aquí para recordarles que no nos olviden que el amor perdura y que, a pesar de la muerte, estamos con ustedes en cada rayo de sol, en cada sonrisa. Porque la vida sigue hijo mío y no somos eternos, tenía que partir. ¡Recuerda, el amor nunca muere, siempre estaré contigo!”

Replicó su abuela con ternura y con mucha bondad en sus ojos. Las almas compartieron sus relatos, y los jóvenes comprendieron que la muerte no era un final, sino solamente un cambio de estado.

A medida que la tarde avanzaba y el sol comenzaba a dorar el horizonte, los chicos de Tzintzuntzan se sintieron inspirados cuando los abuelos de Mateo y Benjamín, junto con las otras almas que los acompañaban, se acercaron a ellos una vez más, diciéndoles:

— “Este lugar debe ser un santuario de memoria y amor donde los vivos se comprometan a recordar y cuidar a quienes ya no están, convirtiendo el dolor en homenaje y dignidad. Nunca olviden que los elegidos son aquellos que amamos, no pierdan la fe y sigan manteniéndonos vivos en sus corazones” —les dijo.

Con esos sentimientos a flor de piel Mateo y sus amigos regresaron a casa, pero esta vez llevaban un mensaje y un entendimiento nuevo. Sentían la necesidad de compartir lo que habían vivido, de hacer que todo el pueblo comprendiera la importancia de recordar con toda intensidad a los que ya no estaban.

—El pueblo necesita saber lo que hemos visto —dijo Benjamín con voz firme, sus ojos brillando de emoción.

—“No pueden seguir ignorando a nuestros muertos que están en ese cementerio, simplemente porque se han dejado llevar por supersticiones e historias extraordinarias”

—Es verdad, igualmente nos pasó a nosotros. —asintió Mateo

— No es solo nuestra historia, es la de todos. ¿Cómo van a aprender si por miedo, nunca van al cementerio?

—¡Exacto! —intervino Claudia

— “Lo que pasó no fue solo un mal sueño. Ellos merecen un lugar en nuestra memoria. Si seguimos callados, es como si los borráramos. ¡No podemos permitir eso!”.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Mateo, sintiendo un impulso en su pecho. — Necesitamos unir a la gente.

—Primero, hablemos con nuestros padres —sugirió Claudia—Ellos saben cómo hacer que el resto del pueblo escuche.

—Y podemos organizar algo en la plaza —propuso Benjamín—. Un encuentro donde todos puedan compartir, pero tiene que ser de inmediato, dentro de poco comenzará a oscurecer.

Los amigos intercambiaron miradas cómplices, llenas de convicción y energía, listos para apoyarse mutuamente ante cualquier desafío que se les presentara.

Aunque sabían que tenían un camino difícil por delante, en su interior brillaba una chispa de esperanza alimentada por el recuerdo de sus seres queridos caídos, lo que los impulsaba a comprometerse a que jamás fueran olvidados.

Al caer la noche del 2 de noviembre, con la luna llena como testigo, los jóvenes, impulsados por un acto de valentía y amor, decidieron reunir a sus familias en la plaza del pueblo, compartiendo las historias vividas y las risas nerviosas que habían intercambiado esa misma mañana en el cementerio, al compás el aire fresco de la noche que giraba a su alrededor, como si lo que estaban a punto de hacer fuese un ritual ancestral.

Tras horas de diálogo, un fuego encendido por la pasión de la comunidad iluminó sus rostros decididos y, finalmente, tomaron la decisión de regresar al cementerio, esta vez acompañados por todos los habitantes del lugar.

— “Este lugar no puede seguir siendo un refugio del miedo, un sitio que siembre terror en nuestros corazones. Debemos hacer de él un espacio de honor y respeto, en homenaje a los seres queridos que partieron” —Insistió Mateo, su voz firme resonando en el corazón de todos.

Mientras caminaban entre risas y relatos con antorchas encendidas y ramos de flores hacia el cementerio, la oscuridad de la noche se fue despejando, como si un manto suave los envolviera y el cielo tuviera un papel en su historia;

las estrellas comenzaron a parpadear con más intensidad mientras la luna se asomaba para iluminar su camino, como un faro que les recordaba que estaban juntos en esta aventura y que, a pesar de los temores, estaban dispuestos a transformar el silencio en un canto de esperanza.

Al llegar, se encontraron con una escena inesperada: las almas les esperaban de pie, iluminadas en un lugar que ya no era oscuro ni atemorizante. Doña Clara y Don Eugenio, con sus túnicas blancas, encabezaban el grupo y, al verlos, sonrieron cálidamente; agradecieron su visita haciendo que todos sintieran ese abrazo de amabilidad que los envolvía, creando un ambiente de paz y serenidad.

Con cada flor que colocaban en las tumbas, en cada oración elevada al cielo, los vivos sabían que estaban recuperando algo valioso: el lazo con los muertos.

— “Nunca podremos olvidarlos si seguimos hablando de ellos” —Dijo Claudia con emoción, con la voz quebrada

— “Aquí haremos nuestras ofrendas, no solo una vez al año, si no todos los días en nuestros corazones” —, prometió Mateo.

Los demás asintieron, entendiendo que la vida y la muerte no son opuestas, sino dos caras de la misma moneda. El cementerio, que antes era objeto de miedo, ahora era un lugar sagrado y seguro donde no solamente florecerían las más hermosas flores de cempasúchil, sino los más hermosos sentimientos. Cada año, el 2 de noviembre, Tzintzuntzan se saturaba de colores, risas y de un espíritu que celebraba el amor, la vida y la memoria que unía a los vivos con los muertos.

Con el tiempo, los cuentos sobre el viejo cementerio fueron leyendas, y Tzintzuntzan dejó de ser conocido por su terror para volverse un lugar cálido que conectaba con los que ya no están; desde aquel día, la historia de los jóvenes Mateo, Claudia y Benjamín se transformó en el símbolo de una comunidad que decidió vivir con valentía, entendiendo que la vida es un ciclo eterno, donde el amor y los recuerdos florecen en cada rincón, transformando el dolor en alegría y el llanto en risas que resuenan en el viento.

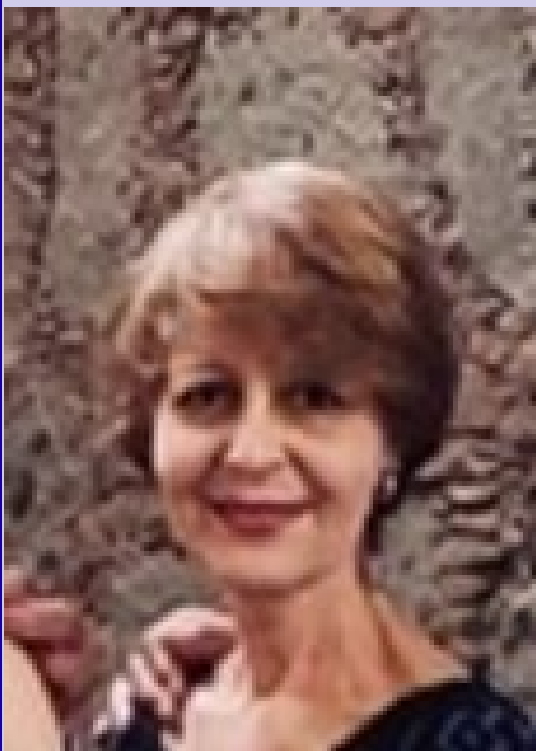


LÁPIZ WHITE

Vilma Elena Hernández de Rivas, nacida en Venezuela el 9 de noviembre de 1955, es una arquitecta profundamente apasionada por su profesión y por el mundo de las artes. Actualmente reside en Naucalpan de Juárez, Estado de México, y se expresa artísticamente bajo el seudónimo Lápiz White.

Aunque no cuenta con una formación académica formal en escritura, Vilma ha encontrado en la pluma un medio para explorar y comunicar sus sentimientos más profundos. Su interés por la pintura, la escultura, la música y la escritura refleja su admiración por las diversas formas en que la creatividad y el ingenio humano se manifiestan.

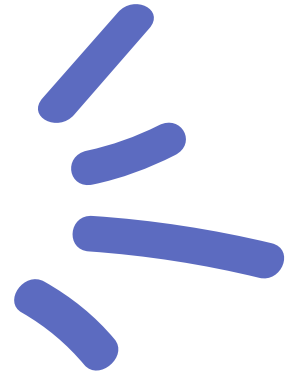
A través de su escritura, busca conectar con quienes puedan identificarse con sus palabras y crecer en el ámbito literario.



Microrrelatos

Renata Duarte
5 años

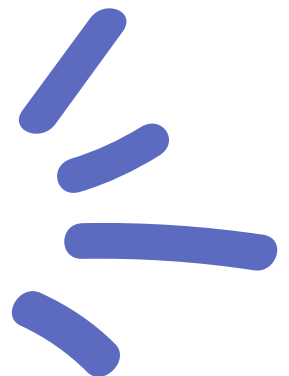
Había una vez una gallina con sus pollitos bebés, que tenía el pico muy corto y por eso las otras gallinas se burlaban de ella; llegó el pato y la abrazó, entonces la gallina sacó su poder secreto que era que su pico se alargaba mucho y se comió a todos, menos al pato porque era su amigo.



Un gato se enojó tanto porque le dijeron que no podía volar, que hizo un tornado para que todos volaran asustados y él aprendió a volar con sus orejas mágicas.



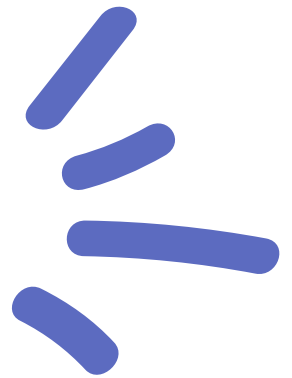
Había una vez la naturaleza con muchos animales, luego hubo un incendio. Ahí vivía un gato misterioso que tenía teléfono y llamó a los bomberos. Los salvaron y apagaron el incendio los bomberos de la naturaleza, pero quedó todo quemado. El gato llamó a Reni y ella volvió a plantar todos los árboles de la naturaleza.



Microrrelatos

Sara Duarte
5 años

Un auto estaba muy triste porque no podía hacer nada, estaba aburrido, no tenía gasolina, pero se puso gasolina de avión y entonces el auto fue muy feliz porque podía volar.



El robot gigante estaba destruyendo la ciudad. Lo echaron a la cárcel y ahí se le acabaron las baterías y se murió.



Mañana en campamento

Maru Ortega

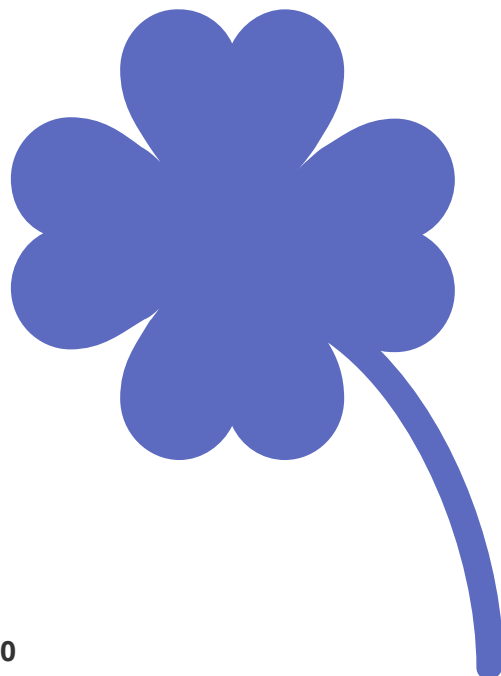
El reloj interno está anunciando a mis sentidos, experimento el silencio tan sórdido y aterrador. Sale de mi boca un sonido de gratitud. ¡Estoy viva! El peligro es real, y no me ha tocado.

Siento mis pies helados, mi espalda adolorida, mi cuerpo llama al descanso. No le escucho. He trepado horas y días, terminando con mi dosis de serotonina haciendo el amor.

Mi bolsa de dormir está húmeda, fría. La tienda está mojada. El techo se adhiere como la saliva a la boca. El rebuznar del burro rompe la aurora. Los animales anticipan su labor serenos. ¡Qué belleza ser nómada!

El cielo hundido en infinitas constelaciones deja colar la primera luz. Esa, que mis ancestros aguardaban con inquietud. Hoy, los rostros se curan de las sombras de sus sueños. Evolucionamos, conexión madre tierra, padre sierra, voluptuosamente me invitan a honrar quien soy.

Escucho a Ramón toser, y sus pasos acarreando el palo blanco, seguro de su triunfo matutino. Vuelca el agua en el hervidor, rutina placentera y segura. Los primeros gorjeos de las piturrias. Y, brinca la pregunta ¿cómo no ser felices? ¡Tenemos todo!



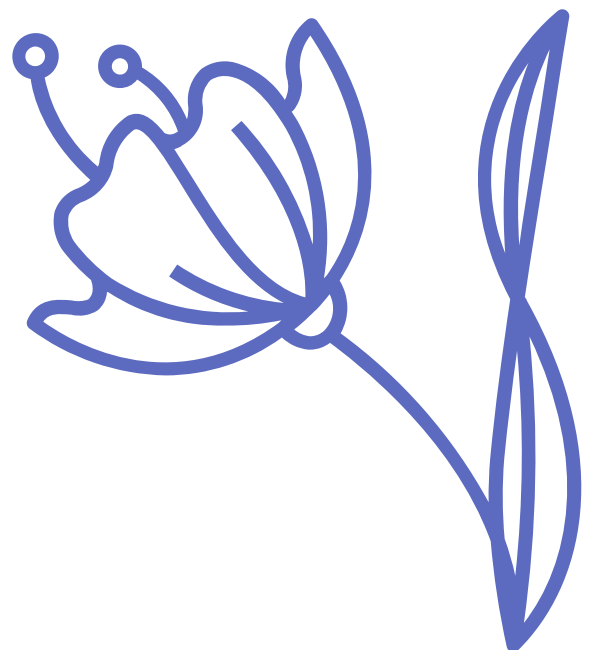
Miedo a la espera

Maru Ortega

Estos días libero los miedos que experimentaron mis padres al imaginar los posibles defectos físicos, y lo inesperado, como la muerte. Y, las complicaciones, todas venidas de las conversaciones de casos que provocaron la inseguridad a mis padres.

Reconozco que esos miedos se insertaron en mi mente y ahora inicio la liberación de cada uno para lograr mi integridad.

Yo soy llamada María Eugenia. Y el significado de mi nombre es: Bien Nacida. Y, si fui nacida bien y ahora he crecido en la escucha de mi voz, misma que no se hizo presente hasta que entre a la primaria. Esa voz fue el sonido más dulce que nunca imagine. Y esta voz, es la misma que anuncio para sanar desde la vibración hasta el aliento.



MARU ORTEGA



Nacida en Puebla en 1951, María Eugenia Ortega y Mena es una terapeuta familiar dedicada a la salud mental y el bienestar comunitario. Con más de tres décadas de experiencia, ha trabajado principalmente con personas de la tercera edad, abordando problemas de salud, alimentación y ejercicio. Su obra más reciente **Entre Dos Mares, Un Volcán**, recoge las historias de vida de 56 personas mayores, preservando una parte fundamental de la identidad y cultura de Baja California Sur.

María Eugenia se formó en psicopedagogía clínica en la Universidad de León, España, y cuenta con una licenciatura en psicología. Esta base le ha permitido desarrollarse tanto en la práctica clínica como en el ámbito educativo, impartiendo cursos sobre discapacidades ocultas y creatividad, así como participando en congresos y seminarios en México y Europa.

Además de su carrera profesional, María Eugenia es una mujer poliglota que domina el inglés, francés y portugués, lo que le ha permitido conectar con diversas culturas y enriquecer su enfoque terapéutico. Con una mezcla de experiencia, sensibilidad y respeto por cada historia que encuentra, María Eugenia Ortega es un pilar en la comunidad de La Paz, donde continúa aportando con su ejemplo y dedicación.

Perfección

Karla Paola Montaña Márquez

¿Qué es la perfección? ¿Por qué la anhelo tanto?
¿Por qué no le veo lo malo ?
¿Por qué no me gusta como soy ?
Nunca entenderé la importancia que le damos a lo perfecto, aunque me he
condicionado toda mi vida por eso:
camino, respiro y actúo por los demás;
no me permito ser nada más.
Aunque estoy cansada y mis párpados se caigan yo no me puedo dar por vencida.
Yo ya no quiero anhelarte, ¡quiero dejar de odiarme!
Por favor suéltame las manos.
Por favor deja de hacerme daño.
Entiende que no te pertenezco y yo entenderé que tenerte no merezco.
Eres re buscada por las personas;
no obstante, a ninguna te acercas lo suficiente ni un instante,
la gente trata y trata, tú nos acabas.
Pero hoy renuncio a ti, a todo lo que creí que venía de ti, y veo las cosas como
diferente:
imperfectas, pero tan buenas, son.
Y me veo diferente:
imperfecta, pero tan buena, soy.
Y soy buena, y somos buenos, porque tenerte nunca podremos.
Gracias por todo, gracias por no existir en mí, quiero sepas: yo ya no pienso vivir
por ti.



KARLA PAOLA MONTAÑO MÁRQUEZ



Karla Paola Montaña Márquez, nacida en La Paz, Baja California Sur, es estudiante de Lengua y Literatura en la Universidad Autónoma de Baja California Sur (UABCS). A sus 20 años, Karla ha encontrado en la poesía una forma de expresar y explorar sus emociones, siendo el género romántico su favorito. Se describe a sí misma como una persona cursi, pero abierta a descubrir y transmitir una gama más amplia de sentimientos en su escritura.

Su pasión por la poesía la ha llevado a escribir desde el corazón, especialmente en momentos difíciles. Uno de sus poemas recientes surgió de un mal día, experiencia que le enseñó la importancia de la resiliencia y el poder de reír después de llorar. A través de sus palabras, Karla espera conectar con quienes la leen, transmitiendo una autenticidad que invita a identificarse con sus versos y a encontrar consuelo en ellos.

Mariposa del pimentero

Alicia Michell Trasviña Medina

En un libro sobre evolución y hombre, hay una página donde el autor habla sobre la mariposa del pimentero en Inglaterra, de cómo su color gris le favorecía para camuflarse en los troncos del mismo color que ella. Pero de pronto un gen se modificó y hubo mariposas de color negro, por ser vistas los pájaros se las comían.

Años después pasó algo muy interesante, por la urbanización en la zona, la corteza del árbol comenzó a adaptarse a la contaminación y los troncos de los árboles se volvieron de color negro. Actualmente el 99% de estas mariposas son las de color negro.

Solo quiero encontrar ese árbol negro, pero la mayor parte del tiempo mi alrededor se siente como corteza gris y yo una mariposa del pimentero, pero eso me permite ir aprendiendo y nutrir mi necesidad de una búsqueda hacia mí misma, porque, por más que crea que me conozco, mi entorno está en constante cambio. A veces da miedo, otras no tengo la misma motivación y en otras me enoja, pero justo esa libertad me hace seguir, ese cambio constante, esa curiosidad, ese lado artístico, observador, a mi manera. Me siento mexicana, del mundo, de la tierra, del universo, me desarmo en todo y todos, en amor eterno.

En mi caso, entender el tema del amor es importante en el camino, amarse, amar de donde vengo, los matices de mi vida; esto puede tener cosas lindas, luminosas, no tan luminosas, la familia con sus cosas, cada familia tiene sus cosas, su historia, amarlas y entender que todo forma parte de algo que nos va formando, acompañando, forjando, enriqueciendo a nuestro árbol de vida. Me gusta que le digamos árbol familiar, porque así somos, así me siento, parte de un árbol, de una raíz conectada a varias, pero mi raíz sigue creciendo, se sigue expandiendo.

Conectar con la tierra me hace ver el tronco de mi alrededor es de color negro. Me llena de vida estar rodeada de música, ver a las personas compartiendo comida, los hombres con sus vestidos de colores, dando saltos y saltos, bailándole a la vida. No me quiero ir de esta vida, solo quiero dejar de sentirme como una mariposa gris en una corteza oscura.

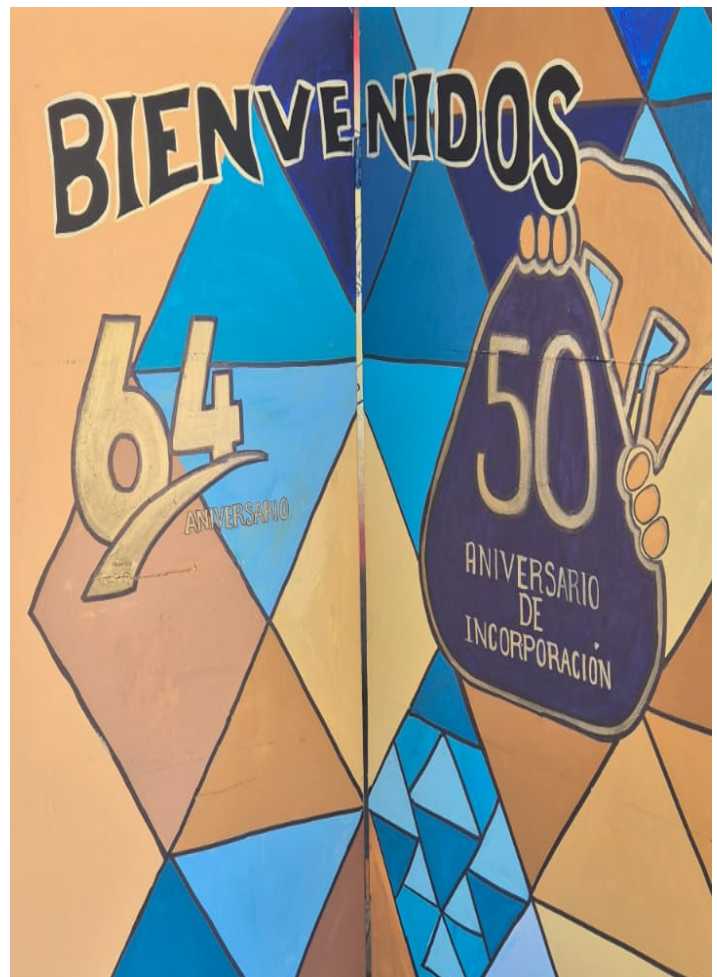


Nos fuimos al CCH y volvimos con el corazón lleno de arte

Elisa Moravis

A principios de octubre nos cayó una invitación que nos hizo brincar de la emoción. La preparatoria CCH José María Morelos y Pavón nos hacía el honor de invitarnos, a la colectiva de Mujeresaladas, a ser parte del jurado en su Concurso anual de Microrrelatos. Imaginen, toda esa chispa y talento juvenil esperándonos, ¡y nosotras ahí, para ser testigos y apoyar! Desde el principio supimos que esto no sería solo otro evento, sino una oportunidad de oro para escuchar y descubrir voces nuevas, llenas de vida y de historias por contar.

Llegó el día de la premiación, en el marco de los festejos por el 64 Aniversario de la Benemérita Preparatoria José María Morelos y Pavón, y desde el primer paso dentro del CCH, nos envolvió una energía vibrante y contagiosa. Todo el ambiente era pura creatividad y juventud: risas, nervios, entusiasmo en cada rincón. Los pasillos estaban decorados con arte estudiantil, de su imaginación y corazón. Ver aquellas pinturas tan llenas de color y personalidad, fue algo que nos tocó de verdad. Se notaba el empeño y amor que le pusieron a cada obra, y eso es algo que se siente.





Cuando empezó la premiación, las emociones subieron aún más. Ahí estaban las jóvenes ganadoras, con sus caritas entre nerviosas y emocionadas, recibiendo los aplausos y el reconocimiento de su comunidad. Y sus microrrelatos... ¡qué decir! Pequeñas historias llenas de fuerza, de frescura y una autenticidad que nos dejó sin palabras. Fue un privilegio ver cómo sus rostros se iluminaban al recibir sus premios, un recordatorio de que el talento está ahí, solo necesita un empujoncito y un espacio para brillar.



La jornada siguió con más sorpresas. Una estudiante se subió al escenario y nos regaló una interpretación cantada que hizo eco. Nos quedamos sin aliento, escuchándola. Su voz, tan llena de sentimiento, se sentía como si nos estuviera abrazando a todos. Y no faltó el teatro en atril, donde nos metimos en la historia adaptada de El Cuervo y El Corazón Delator a través de la interpretación de estos jóvenes que, con sus palabras y gestos, nos llevaron de viaje.



Esa tarde en el CCH, más que jurado, nos sentimos en familia, rodeadas de artistas jóvenes que compartieron un cachito de su esencia. Y, al final, entendimos una vez más por qué hacemos lo que hacemos en Mujeresaladas. Porque estar ahí, apoyando el talento joven, es dar un empujón a esos sueños que apenas empiezan a tomar forma. Fue un honor y un gustazo. Y con las sonrisas, el arte y el talento de estos chicos y chicas, nos llevamos en el corazón la certeza de que el futuro está en buenas manos: en las de estos jóvenes que, cuando hablan, tienen tanto que decir.

Galería



Galería



Galería



Galería



Microrrelatos ganadores

Primer lugar: Valentina Perez Vergara "Sobre rojo"

Elena siempre tomaba el mismo camino al volver a casa. Esa noche, la niebla cubría las calles como un secreto bien guardado. Al doblar la esquina, encontró en el suelo un sobre rojo, sin remitente, con una marca en forma de estrella. Lo guardó sin abrirlo, el misterio comenzó a rondarla.

Durante días se sintió observada, no lo mencionó a nadie, pero cada noche soñaba con pasos suaves detrás de ella y susurros que la llamaban. Días después, al abrir el sobre encontró solo una palabra: "Ven" ...

Esa noche, la puerta siempre cerrada de su calle, estaba misteriosamente entreabierta.

Segundo lugar: Katerin Rodríguez "Las flores siempre serán amarillas"

Había una vez una niña llamada Emma. Ella tenía a su abuela Rocío que desde que era bebé la cuidaba con cariño.

Su abuela tenía un campo de flores, supuestamente las más hermosas del pueblo ya que eran cuidadas con mucho amor.

Cada 6 meses justo a mediado de año se hacía un festival de puras flores amarillas, sus pétalos caían como lluvia.

Ese año se pospuso por que la abuela de Emma había fallecido, entonces plantó la última semilla de su abuela. La flor se extendió por todo el cementerio dándole un hermoso color amarillo a ese sombrío lugar.

Julia Lorena Hinojosa: Identidad, trabajo y comunidad

Por Kasha Villegas

Nacida y criada en La Paz, Julia Lorena Hinojosa Oliva, de 63 años, nos recibe en su restaurante. Su voz es firme, su mirada decidida. Nos cuenta cómo, con esfuerzo y dedicación, ha construido un espacio que no solo es un restaurante, sino una extensión de su pasión por México, su gente y sus tradiciones.



Entrevistas con la comunidad de
Mujeresaladas

"Estoy enamorada de nuestra cultura, nuestra esencia, nuestro arte y nuestra gastronomía... todo lo que nos da identidad como mexicanos," dice. "Dedico mucho de mi tiempo y mi dinero a conocer cada vez más México. Esa biodiversidad que tenemos —cultural, gastronómica, artística— cada vez me enamora más." Aunque nunca ha vivido fuera de Baja California Sur, confiesa que viajar y explorar cada rincón de nuestra tierra es una de sus mayores satisfacciones.

Julia Lorena, orgullosa paceña, evoca los valores de trabajo y autosuficiencia que su madre, Adela Oliva Valdivia, le inculcó desde pequeña. "Mi madre fue de las primeras mujeres empresarias aquí en Baja California Sur. Ella tenía un restaurante y una nevería. Fue una mujer de negocios, y con ella aprendí a trabajar desde muy pequeña," recuerda. "Siempre me levantaba tempranísimo; entre las dos hacíamos todo. Yo fui la mayor de seis hermanos, así que nos tocaba lavar nuestra ropa, lavar los trastes... Mi mamá fue un ejemplo de mujer trabajadora." Julia conserva en su memoria el consejo de su madre, que resuena en cada paso que ha dado en la vida: "Ella siempre me decía, 'Tienes que aprender a trabajar, a ser una mujer que se valga por sí misma. Nunca quiero que por necesidad tengas que estar al lado de un hombre. Quiero que estés al lado de un hombre porque quieres, no por necesidad'."

La vida que su madre llevó, siempre llena de trabajo duro y sacrificio, fue el mejor ejemplo para Julia, quien desde muy joven se dedicó a construir su propio camino. "Recuerdo cómo me decía, 'Mira, hija, la gente sabe que traigo zapatos porque se ven bien por arriba, pero por abajo tienen hoyos, y eso no importa; tus hermanos están en la universidad.'" Gracias a ese sacrificio, sus hermanos lograron una educación universitaria, mientras Julia eligió el camino del trabajo a los 18 años, cuando se casó.

Julia relata cómo comenzó su propio negocio con una pequeña cocina económica, desde donde fue forjando su sueño. "Empecé con lo mínimo, un simple techo de palma. No había nada más que eso," dice con orgullo. "Con los años compré la propiedad de la esquina, después la de otro costado, y luego la de atrás. Hoy tengo este cuarto de manzana con mi restaurante y mis salones de banquetes. Me llena de orgullo lo que he hecho. Para algunos puede ser poco, para otros tal vez mucho, pero para mí ha sido suficiente. Me siento satisfecha."

Entrevistas con la comunidad de
Mujeresaladas

Esa perseverancia la ha llevado a construir algo más que un negocio; su restaurante es una obra que ha curado personalmente. "Todo lo elijo yo. Desde los menús hasta la decoración. Todo lo elijo yo. Es mi obra," dice con una sonrisa. Sin embargo, Julia reconoce que el camino no ha sido fácil. "Todo es difícil, nada es fácil," afirma. "Pero no me engancho en los obstáculos; si hay una piedra, la esquivo, o la cruzo, y si no puedo, busco otro camino. No soy negativa para nada; siempre estoy buscando cómo hacer que las cosas funcionen."

El sector restaurantero es uno de los más demandantes, y ella lo sabe bien. "Este trabajo es físicamente pesado y administrativamente también lo es, pero es satisfactorio, porque he aprendido que puedo con todo. No soy economista, ni contadora, ni chef, ni administradora. Solo soy una mujer de trabajo, y hoy puedo dar cátedra sobre la cocina prehispánica, contemporánea y colonial. Todo lo he aprendido a lo largo de estos años de trabajo y dedicación," asegura.

La pandemia fue una prueba difícil que Julia y su equipo lograron superar. "La pandemia fue un golpe muy duro. Tuvimos que cerrar muchos establecimientos, pero jamás faltó el sueldo de mis colaboradores. Siempre les pagué puntualmente, nunca dejé de pagar mis impuestos. Esto se debe a una buena administración," dice con firmeza. "Aprendí que hay que ahorrar para enfrentar situaciones adversas. Mis ahorros se acabaron, pero salimos adelante."



Entrevistas con la comunidad de
Mujeresaladas

Julia Lorena no solo se ha enfocado en su restaurante; desde el año 2000, cuando se propuso un impuesto suntuario para los restaurantes, asumió la defensa de su gremio. "Me llené de coraje e impotencia," recuerda. "Convoqué a los restauranteros de la capital, y desde entonces hasta la fecha hemos estado juntos. En aquel entonces éramos como 15; hoy somos más de 250 en Canirac. Siempre he estado apoyando a mi sector porque sé lo difícil que es nuestro trabajo." Este liderazgo la ha llevado a convertirse en una de las voces más influyentes de su sector.

Al preguntarle qué consejo le daría a las mujeres que la leen, Julia no duda en responder: "El consejo que mi madre me dio: hay que aprender a trabajar. El trabajo honesto engrandece al ser humano. Todas las mujeres debemos sentirnos orgullosas de ser quienes somos: mujeres de lucha. El trabajo dignifica, y no hay trabajo pequeño, ni mujeres más grandes que otras."

Julia Lorena, siempre observadora y con un instinto para reconocer el talento en los demás, nos cuenta sobre una joven que comenzó en su restaurante a los 17 años. "Al principio, por su apariencia menudita, dudé en darle la oportunidad, pero ella me demostró su capacidad y su actitud positiva. Hoy, después de terminar su carrera, es mi administradora. Esa jovencita vale oro; su actitud lo es todo," comenta con admiración.

Para Julia, su vida y su negocio son testimonio de que la perseverancia y el amor por lo que uno hace son suficientes para lograr grandes cosas. "El trabajo dignifica, y no hay trabajo pequeño," concluye, con una sonrisa que confirma cada palabra. Nos despedimos de una mujer que ha construido un legado de esfuerzo, que respeta sus raíces y honra a su tierra, y que, con su ejemplo, continúa inspirando a la comunidad que tanto ama.



A prender el caldero

Kasha Villegas



Cada noviembre, Elisa y su famoso pay de calabaza nos unen a todos. Es como un ritual; ella tiene su receta que ya todos conocemos, pero claro, Elisa siempre hace sus trampas. Nos da las cantidades de especias como si siguiera la receta al pie de la letra, pero yo la he visto. Ella va probando y tanteando, ajustando aquí y allá hasta que queda a su gusto, bien especiado, como es su toque particular. Dice que la nuez moscada y el clavo son el alma del otoño, y se nota.

Y con esa introducción llena de secretos, aquí tienes la receta del pay de calabaza de Elisa. Sigue las medidas... o ajústalas al estilo de ella, probando y probando, hasta que encuentres el punto perfecto de sabor.

Pay de Calabaza

Ingredientes:

Para la base de galletas:

1 ½ tazas de galletas María molidas

¼ de taza de azúcar

½ taza de mantequilla derretida

Para el relleno:

2 tazas de puré de calabaza (coces media calabaza y le raspas la pulpa blanda)

1 lata de leche evaporada

¾ de taza de azúcar morena

2 huevos

2 cucharadas de canela en polvo

1 cucharadita de jengibre en polvo

1 cucharadita de nuez moscada

Media de cucharadita de clavo de olor en polvo

1 pizca de sal



Preparación de la base:

Precalienta el horno a 180°C. En un tazón, mezcla las galletas molidas con el azúcar y la mantequilla derretida hasta obtener una consistencia arenosa. Presiona la mezcla en el fondo y los lados de un molde para pay de aproximadamente 23 cm (9 pulgadas) para formar la base. Hornea la base durante 10 minutos y luego deja enfriar mientras preparas el relleno.

Preparación del relleno:

En un tazón grande, mezcla el puré de calabaza, la leche evaporada y el azúcar morena hasta que estén bien combinados. Agrega los huevos uno a uno, mezclando después de cada adición. Añade las especias (canela, jengibre, nuez moscada, clavo y sal), y mezcla bien hasta que todo esté integrado.

Montaje:

Vierte la mezcla de calabaza sobre la base de galleta ya horneada. Hornea el pay a 180°C (350°F) durante aproximadamente 50-60 minutos, o hasta que el centro del pay esté firme y al insertar un cuchillo, éste salga limpio. Deja enfriar a temperatura ambiente y luego refrigéralo durante al menos 2 horas antes de servir.

¡Listo!

Margarita Michelena

POR SOFIA MURILLO



Margarita Michelena fue una escritora, crítica literaria, guionista, conductora de radio, periodista y traductora mexicana que nació el 21 de julio de 1917 en Pachuca de Soto, Hidalgo. Obtuvo su formación profesional en la Universidad Autónoma de México desde la carrera de Letras en la Facultad de Filosofía y Letras.

Creadora del primer diario editado exclusivamente por mujeres: *El Cotidiano*, el cual llevaba como lema "La expresión de la mujer en la noticia"; Margarita dio pie a este proyecto con la intención de que se dieran a conocer las noticias desde el punto de vista de las mujeres.

De igual forma fue directora de *El libro y el Pueblo*, *Respuesta*, *La cultura en México* y *cuestión* y editora de *Novedades* y *Excélsior*. Además de ser miembro fundador y activo de la Asociación de Escritores de México.

Dentro de su obra literaria se encuentra el ensayo *Notas en torno a la poesía mexicana contemporánea* (1959), y los poemarios *Paraíso y nostalgia* (1945), *Laurel de ángel* (1948), *La tristeza terrestre* (1954), *El país más allá de la niebla* (1968) y *Reunión de imágenes* (1969).

Así mismo, incursionó el género del cuento con títulos como "Aurelia, la bella durmiente" (1956) y "Monólogos del buscador" (1957), publicados en la revista *Estaciones*.

Michelena decía que sus poemas representaban la mejor autobiografía que que pudiera escribir, diciendo "Si quieren conocerme encuéntreme en mis poemas".

Mujer talentosa, con una carrera rebotante de sus aportaciones a la cultura y el arte mexicanos, es una exponente fundamental en la historia de México y el mundo mismo, pues gracias a labores como la de ella es que se deja huella para generaciones futuras.

Fuentes:

Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura (INBAL). "Margarita Michelena, creadora del primer diario editado por y para mujeres". [🔗](#)

Memoria de Hidalgo. "Fondo Margarita Michelena". [🔗](#)

Hernández Carballido, E., (2015), *Margarita Michelena: Poeta y periodista* [🔗](#)

PORQUE ME GUSTA

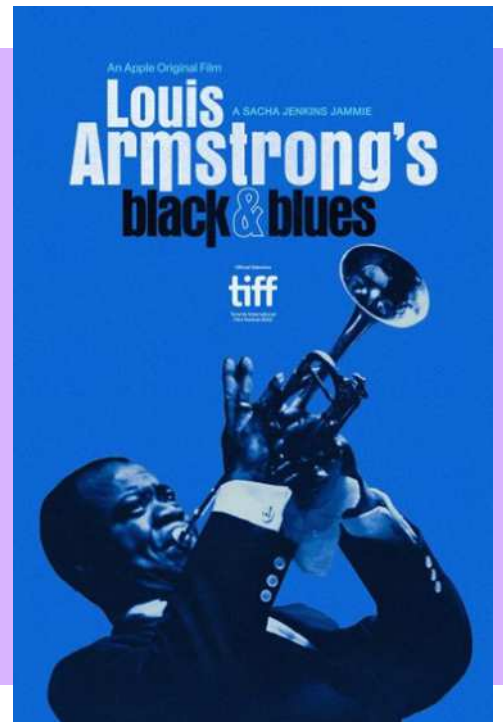


& (Ampersand)

& (Ampersand)
Bastille
Álbum (2024)
Best Laid Records y
UMG

Louis Armstrong's black & blues

Louis Armstrong's black & blues
Sacha Jenkins
Documental (2022)
Apple Tv+



HAN KANG *La vegetariana*



La vegetariana

채식주의자
(La vegetariana)
Han Kang
Novela (2007; trad. Esp. 2012)
Bajo la luna

convocatoria permanente (General)

Se recibirán colaboraciones para dictamen de forma permanente. Cada pieza deberá enviarse al correo de la revista (mujeresaladasmx@gmail.com) para ser consideradas viables a publicación.

Cada pieza será revisada por la colectiva Mujeresaladas. Si el fallo es favorable, la colectiva se comunicará con la autora para concretar detalles de la publicación en el número que corresponda. En caso de que la colaboración no sea aceptada, la colectiva enviará la notificación correspondiente.

Las autoras que deseen publicar en cualquiera de las secciones de la revista podrán hacerlo bajo las siguientes bases:

- Poesía: Uno o varios poemas de entre 1 a 3 cuartillas.
- Cuento: Un cuento entre 1 a 5 cuartillas.
- Teatro: Una pieza entre 1 a 5 cuartillas.
- Miscelánea escrita:

Una pieza escrita de cualquier carácter. Como ejemplo, la colectiva propone los textos pertenecientes al ensayo, carta, diario, minificción, recetario anotado o entrevista. Sin embargo, cualquier pieza escrita puede ser propuesta para esta sección.

La extensión de la pieza debe ser entre 1 a 6 cuartillas.

- Miscelánea visual:

Entre una y tres fotografías, dibujos, pinturas o grabados; en formato digital tipo .jpg o derivados, con una resolución mínima de 300 DPIs.

Cada digitalización (fotografía de la obra) debe llevar anexa la siguiente información: Serie (si es el caso), título, técnica, medidas y año.

A tomar en cuenta que cualquier trabajo no perteneciente a las técnicas mencionadas puede ser enviado para consideración de la colectiva.

Los trabajos escritos serán recibidos en formato Word, interlineado 1.5 y letra Times New Roman a 12 puntos.

Todas las colaboraciones deberán ir acompañadas de una fotografía (formato .jpg), y una semblanza de hasta una cuartilla en la que la autora incluirá los siguientes datos:

Nombre de la autora, lugar y año de nacimiento.

Estudios, publicaciones y exposiciones individuales o colectivas, así como premios, becas o residencias que haya obtenido.

En caso de no contar con ellos, a la colectiva le interesa saber la ocupación de las colaboradoras, sus gustos, pasatiempos y demás datos que quisiera compartir con nuestras lectoras.

Cualquier controversia con respecto a esta convocatoria será examinada por la colectiva de Mujeresaladas.

convocatoria

permanente novela

(entregasaladas)

Se recibirán colaboraciones para dictamen de forma permanente. Las novelas cortas deberán enviarse al correo de la revista (mujeresaladasmx@gmail.com) para ser consideradas en este suplemento quincenal. Se aceptará una novela por colaboradora que será revisada por la colectiva Mujeresaladas.

Si el fallo es favorable, la colectiva se comunicará con la autora para concretar detalles de la publicación en el número que corresponda. En caso de que la colaboración no sea aceptada, la colectiva enviará la notificación correspondiente.

Las novelas candidatas deberán cumplir con lo siguiente:

- Extensión entre 50 a 90 cuartillas.
- Estar terminada al momento de envío.
- Enviarse en un único archivo que contenga la totalidad de la pieza, en formato Word, con interlineado 1.5 y letra Times New Roman a 12 puntos.

Todas las colaboraciones deberán ir acompañadas de una fotografía (formato .jpg), y una semblanza de hasta una cuartilla en la que la autora incluirá los siguientes datos:

- Nombre de la autora, lugar y año de nacimiento.
- Estudios, publicaciones y exposiciones individuales o colectivas, así como premios, becas o residencias que haya obtenido.
- En caso de no contar con ellos, a la colectiva le interesa saber la ocupación de las colaboradoras, sus gustos, pasatiempos y demás datos que quisiera compartir con nuestras lectoras.

Cualquier controversia con respecto a esta convocatoria será examinada por la colectiva de Mujeresaladas.

convocatoria

permanente

(artistasalada)

Esta sección será dedicada exclusivamente a la artista seleccionada para el número correspondiente. Los documentos correspondientes deberán enviarse al correo de la revista (mujeresaladasmx@gmail.com) para ser consideradas en esta sección.

Cada colaboración artística será revisada por la colectiva Mujeresaladas. Si el fallo es favorable, la colectiva se comunicará con la autora para concretar detalles de la publicación en el número y suplementos que correspondan. En caso de que la colaboración no sea aceptada, la colectiva enviará la notificación correspondiente.

Las colaboraciones artísticas deberán cumplir con lo siguiente:

Enviar una reinterpretación de la pintura Mujeresaladas cuya digitalización será la portada del número y suplementos correspondientes.

Contener entre 2 y 15 piezas digitalizadas. Con ello se busca representar fielmente la identidad y esencia artística de la autora, y difundir su trabajo.

Cada digitalización (fotografía de la obra) debe llevar anexa la siguiente información: Serie (si es el caso), título, técnica, medidas y año.

Contestar el formato de entrevista para acompañar la exposición de su portafolio

Las digitalizaciones deberán enviarse en formato tipo .jpg o derivados, con una resolución mínima de 300 DPIs.

Semblanza con los siguientes datos:

- Nombre de la autora, lugar y año de nacimiento.
- Estudios, publicaciones y exposiciones individuales o colectivas, así como premios, becas o residencias que haya obtenido.
- En caso de no contar con ellos, a la colectiva le interesa saber la ocupación de las colaboradoras, sus gustos, pasatiempos y demás datos que quisiera compartir con nuestras lectoras.

Cualquier controversia con respecto a esta convocatoria será examinada por la colectiva de Mujeresaladas.

Mujeresaladas

08 // NOVIEMBRE 2024

CONSEJA EDITORIAL

Elisa Morales Viscaya

Sofía Murillo Geraldo

Ma. Fernanda Cisneros Ortega

Las opiniones y posturas expresadas en los textos publicados en Mujeresaladas son exclusiva responsabilidad de sus autoras y no reflejan necesariamente la visión o posición de la revista. Agradecemos a nuestras colaboradoras por compartir sus perspectivas y enriquecer el diálogo.

